

Federico García Lorca

ALGUNOS POEMAS

ANTOLOGÍA



SELECCIÓN Y ESTUDIO PRELIMINAR

LUIS GARCÍA MONTERO



JUNTA DE ANDALUCÍA

Agencia Andaluza de Instituciones Culturales

CONSEJERÍA DE CULTURA

FEDERICO GARCÍA LORCA

ALGUNOS POEMAS

ANTOLOGÍA

FEDERICO GARCÍA LORCA
ALGUNOS POEMAS

ANTOLOGÍA

SELECCIÓN Y ESTUDIO PRELIMINAR
LUIS GARCÍA MONTERO

Primera edición: 2.000 ejemplares

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. CONSEJERÍA DE CULTURA
Coordina: Agencia Andaluza de Instituciones Culturales.
Centro Andaluz de las Letras.

© De la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. CONSEJERÍA DE CULTURA
© De la selección y el prólogo: Luis García Montero
© Del texto: Herederos de Federico García Lorca
Dibujo de la cubierta: Juan Vida

ISBN: 978-84-9959-301-2
Depósito Legal: SE 1885-2018
Imprime: Tecnographic, S.L.

EL MUNDO DE FEDERICO

Resulta sumamente complejo el esfuerzo de esbozar una antología en torno a la obra de Federico García Lorca. Y no sólo por la multitud de selecciones sobre su poética, su teatro o sus textos en prosa, sino por la dificultad de elegir, dada la alta calidad de su producción y, por fortuna, el amplio conocimiento público de su trabajo literario.

Luis García Montero ha preparado esta recopilación de textos, con el amor y la minuciosidad de aquel joven poeta que se hiciera prontamente acreedor del premio que llevaba su nombre y al que dedicó un hermoso ramo de violetas líricas. El poeta García Montero cumplirá sesenta años en 2018, cuando Federico cumple 120. Es un guiño que tiene que ver, aunque sus esencias y dimensiones literarias sean muy diferentes, con la concepción de la literatura como una carrera de relevos.

Hay muchos escritores que han heredado la impronta lorquiana, que han hecho suya su estética o han seguido sus huellas. También se cuentan con numerosos estudiosos que han especializado su atención en la obra y en la figura de Federico. Cualquiera de ellos podría haber dibujado una selección antológica sui generis, porque cada uno de nosotros ha interiorizado desde antiguo la condición de Federico como la voz de la tribu que atribuían los celtas a sus bardos. La selección que aquí recogemos no sólo tiene que ver con los gustos personales de García Montero sino con la mirada de su tiempo, de su generación, la que empezó a escribir y a publicar ya en democracia, con la asignatura pendiente de Federico, impresa en las pancartas de la historia y de la leyenda. Se trata, por lo tanto y en gran medida, de una antología generacional, en donde asistimos al esplendor literario de un

autor total, Federico García Lorca, que nunca aceptó los dogmas ni escribió con miedo ni con orejeras.

Cuando el legado de Federico ya reside en la ciudad que le vio nacer y que le vio morir, cuando desde distintos escenarios de la vida social española y mundial, se sigue pronunciando su nombre sin que resulte en vano, esta antología sólo pretende sumar una humilde condición de brújula en torno a su obra. El lector no sólo podrá disfrutar –tanto en papel impreso como en su edición digital– de su palabra eterna sino que podrá aventurarse a buscar otros escritos que aquí no figuran pero se intuyen.

Federico nos regaló su poderosa concepción del mundo, de la escena, de la poesía con su enorme valor demiúrgico. Federico fundó un mundo y nosotros lo seguimos habitando.

MIGUEL ÁNGEL VÁZQUEZ BERMÚDEZ

Consejero de Cultura
Junta de Andalucía

LOS PAISAJES DEL POETA

Luis García Montero

Pensar en los paisajes del poeta significa casi siempre situarse en el corazón de su obra, en el lugar donde los sentimientos más íntimos aceptan la visibilidad. Federico García Lorca fundó en su escritura un mundo muy personal. Resulta fácil identificar el carácter lorquiano de las imágenes, de los asuntos poéticos y de los tonos que definen su obra. Una manera propia de decir marca con sello reconocible los poemas, las piezas teatrales y las conferencias del autor granadino. La alegría infantil del que mira hacia la vida con la inocencia de la primera vez y la lucidez oscura del que ya conoce la verdad trágica de la existencia conviven en la tensión de sus palabras, en la agilidad inmóvil de sus metáforas, en su capacidad visual o argumental para la celebración y la melancolía, para la fiesta y el luto. La literatura de García Lorca nos suena a Lorca, nos envuelve en un mundo delimitado.

Cuando hablamos de mundos personales, pensamos siempre en la originalidad, en un dominio de propiedad privada que se aplica a la literatura. El autor de personalidad fuerte escribe, como es lógico, una obra de carácter fuerte. Pero hace falta algo más para que los versos interpelen al lector y le permitan reconocer la específica realidad de ese mundo. Una obra personal puede diluirse en la intimidad de un poeta si no llega también a hacerse efectiva a los ojos de su lector, que debe reconocer en ella la personalidad del otro. Y reconocer la personalidad del otro supone un modo de reconocerse a uno mismo, de sentirse interrogado, atraído, conmovido, por el otro. Los mundo literarios personales no son solamente los que *expresan* a un autor, sino los que provocan en los lectores una posibilidad de reconocimiento, una invitación a situarse, cuando no a identificarse. Para que reconozcamos como una evidencia el mundo literario de un poeta, es necesario que ese

mundo actúe, se realice en nosotros. El mundo personal tiene que ver tanto con la originalidad del autor como con la capacidad para hacerse reconocer por el lector.

La poesía de Federico García Lorca está íntimamente relacionada con las alegrías y los dramas vitales de García Lorca, pero a través de unos procedimientos literarios que elaboran el biografismo hasta el punto de darle a los sentimientos, a los personajes y a los paisajes una significación de voluntad trascendente. La dinámica literaria española en el primer tercio del siglo XX facilitó que muchos autores se sintiesen interesados en dialogar con la tradición, en unir tradición y modernidad. La generación del 27 suele caracterizarse por un momento brillante de diálogo entre la tradición y la vanguardia. En realidad lo que se produjo fue una lectura vanguardista de la tradición, una reivindicación del pasado desde los valores del horizonte vanguardista. La vanguardia descubrió sus lazos con el pasado, sus vinculaciones con una estética que seguía creyendo en la *eternidad expresiva*, y esto se produjo con autoridad histórica en un país que no podía permitirse el lujo de abandonarse sin mala conciencia a los juegos de la ruptura, porque tenía aún por delante el reto de consolidar un Estado moderno, un reto que había quedado pendiente a sus espaldas, en su pasado corrupto y mezquino.

La poesía de Federico García Lorca se definió dentro de esta lógica como una lectura modernizadora del Romanticismo. Sus poemas heredan y vuelven a formular ese primer momento de crisis en el interior de la conciencia moderna en el que los valores universales son cuestionados por la piel de una identidad concreta. Para los lectores que no prefieran detenerse en uno de los recodos históricos del camino, la crisis sigue siendo de gran calado. No se trata ya de que la libertad del individuo se sienta decepcionada por las promesas incumplidas de la Modernidad, sino de un proceso de autorreconocimiento que acaba en el vacío o, por lo menos, borrando cualquier explicación esencialista de la identidad al margen de la experiencia histórica. El individuo comprende que la universalidad de su razón implica un proceso de borradura de su propia identidad: la ilusión de adquirir derechos universales a costa de convertirse en pura abstracción. Pero cuando apuesta por su identidad

y pretende fundarse en ella, acaba por descubrir que las identidades tampoco son esenciales, que son elaboraciones tan fútiles como las quimeras de la universalidad. En todo caso, sólo se puede vivir en la tensión del que está obligado a compaginar la búsqueda de uno mismo, el diálogo con los otros y una doble experiencia del vacío. Por eso la mirada inocente se resuelve en una conciencia trágica, y por eso Federico García Lorca nos impone su mundo personal. Con sus palabras y sus imágenes, con sus dramas y su vitalismo, nos habla también de nosotros, de una crisis que todos seguimos viviendo en el desarrollo de las contradicciones de la Modernidad.

El pulso romántico de García Lorca hace que su literatura observe de forma regular algunos comportamientos concretos. Por ejemplo, tiende a crear personajes fuerte (el gitano, el negro, el jinete, las heroínas de la libertad) capaces de oponerse a las normas. Tiende también a elaborar paisajes simbólicos (la Vega, Granada, Andalucía, Cataluña, Nueva York, de nuevo Granada) como escenarios de un estado de conciencia. Debemos considerar la voz poética de García Lorca, ese yo que se pregunta con extrañeza por él mismo en sus versos, como un personaje más, un personaje fuerte, rebelde y sacrificado en el descubrimiento de sus contradicciones. Especialmente significativa es la alianza de vida y muerte que establece con su propia ciudad. No son incompatibles las declaraciones de amor y odio, de familiaridad y angustia, cuando García Lorca habla de Granada. Las incertidumbres del joven escritor que quiere abrirse camino y teme hundirse en la provincia, los estados de ánimo, el crédito familiar, la personalidad de los destinatarios de sus cartas o sus declaraciones, matizan una opinión que, como resulta natural en cualquier biografía, puede desplazarse, según los momentos, desde la soledad angustiada hasta la felicidad del que se reconoce bien situado en su propio lugar.

Son muchos los ejemplos que encontramos en el epistolario de Federico García Lorca. Escribe a su familia desde Madrid, en enero de 1924: “Quedarse en la provincia es cortarse las alas y convertirse en señoritos de casino, cosa que nosotros no soñamos” (III, 793-794). A Melchor Fernández Almagro le escribe desde Granada, en septiembre de 1925:

“Granada es horrible. Esto no es Andalucía. Andalucía es otra cosa... está en la gente... y aquí son gallegos. Yo, que soy andaluz y requeteandaluz, suspiro por Málaga, por Córdoba, por Sanlúcar la Mayor, por Algeciras, por Cádiz auténtico y entonado, por Alcalá de los Gazules, por lo que es íntimamente andaluz. La verdadera Granada es la que se ha ido, la que ahora aparece muerta bajo las delirantes y verdosas luces de gas. La otra Andalucía está viva; ejemplo, Málaga” (III, 856). Tampoco resulta muy alentadora la confesión que le hace a Ana María Dalí en agosto de 1926: “Ya estoy un poco fastidiado en Granada. Quiero marcharme de aquí” (III, 904).

Pero dos meses después, vuelve a escribirle a Melchor Fernández Almagro: “Granada está admirable. El otoño empieza con toda la elegancia y la luz que envía la Sierra. Ya ha caído la primera nevada. Los amarillos empiezan infinitos y profundos a jugar con veinte clases de azules. Es una riqueza que asombra, una riqueza que estiliza, y todo es inabarcable. Granada definitivamente no es pictórica, ni siquiera para un impresionista. No es pictórica como un río no es arquitectónico. Todo corre, juega y se escapa. Poética y musical. Una ciudad de fugas sin esqueleto. Melancolía vertebrada. Por eso puedo estar aquí” (III, 925). Es toda una declaración de amor, relacionada con el movimiento, con la fluidez, con la libertad, que tiene que ver con los ríos libres, no con los pozos. Una declaración de amor que anticipa su conferencia “Como canta una ciudad de noviembre a noviembre”, pronunciada en octubre de 1933, en Buenos Aires. La canción, la música, definen a Granada, hecha todavía a la medida humana, entre el olor a mundo vegetal, suavemente aplastado por las patas de los mulos, y las cortinas cerradas en los coches donde van las ramerías borrachas; o entre la cercanía del campo y las nuevas realidades de los núcleos urbanos. García Lorca presenta a la ciudad y se siente “como el niño que enseña lleno de asombro a su madre vestida de color vivo para la fiesta”. Resume: “Granada tiene dos ríos, ochenta campanarios, cuatro mil acequias, cincuenta fuentes, mil y un surtidores y cien mil habitantes. Tiene una fábrica de hacer guitarras y bandurrias, una tienda donde venden pianos y acordeones y armónicas y sobre todo tambores. Tiene dos paseos para cantar, el Salón

y la Alhambra, y uno para llorar, la Alameda de los Tristes, verdadero vértice de todo el romanticismo europeo...” (III, 138).

Estas declaraciones de amor por la ciudad, no le cierran los ojos con un ingenuo patriotismo local a la hora de descubrir los defectos reales de Granada. La inocencia de García Lorca no es nunca la del patriota que se siente completo y superior en su terruño. No dudará en denunciar en público que en su Granada vive la “peor burguesía de España” (III, 637). La madurez crítica de García Lorca corresponde a la evolución del joven que ya en la primavera de 1920 se resistía a volver a la ciudad, decidido a formarse en el Madrid deslumbrante del primer tercio de siglo. Estaba buscando un lugar en el que poder madurar al margen de las limitaciones provincianas, quería medirse con un horizonte más amplio y más rico. La carta que escribió a su padre desde la Residencia de Estudiantes sigue siendo estremecedora por lo que tiene de apuesta y de súplica: “¿Qué hago yo ahora en Granada? Escuchar muchas tonterías, muchas discusiones, muchas envidias y muchas canalladas (esto naturalmente no les pasa más que a los hombres que tienen talento), y no es que a mí se me importe nada, porque, gracias a Dios, estoy muy por encima, pero es molestísimo, molestísimo. A los tontos no se los discute y a mí me están discutiendo en Madrid gentes muy respetables, y eso que no he hecho más que salir...” (III, 680). El final de la carta es asombroso en su dureza, su ternura y su lucidez: “Hay que ser audaces y valientes. Lo mediocre y el término medio es fatal. No consultes estas cosas con amigos abogados, médicos, veterinarios, etc., gentecilla mediocre y antipática, sino con mamá y los niños. Creo que tengo razón” (III, 681).

En el origen de Federico García Lorca, pues, no hay una ciudad, una región, un paisaje esencial, sino una voluntad de ser poeta y, si acaso, la apuesta audaz en favor de los retos más altos de la cultura frente a los halagos o rencillas de cualquier mediocridad provinciana. La relación biográfica con Granada se sitúa aquí con la naturalidad lógica de los afectos y las discrepancias, los ánimos y las limitaciones, que todo individuo tiene con su entorno. Más significativo resulta tener en cuenta que la voluntad de ser poeta se realiza de acuerdo a unos paradigmas literarios establecidos, y que esos paradigmas pueden cargar

de simbolismo los paisajes. No se trata ya de la realidad de Granada, sino de la lectura simbólica que García Lorca hará de ella a lo largo de su obra. Una lectura que empieza muy pronto, desde los primeros textos publicados, según la tradición romántica en la que el poeta se forma. Granada es la ciudad de la pérdida, de la melancolía, en la que palpita una oferta de belleza y de maldición, la huella derrotada de los árabes. En febrero de 1917, en el *Boletín del Centro Artístico y Literario*, participa el joven García Lorca en un homenaje a Zorrilla con una “Fantasía simbólica”. El sonido de la campana de la Vela tiembla “triste y muriente” porque llora “por algo que se fue para siempre” (IV,39). La melancolía de esta pieza juvenil no se debe sólo a la muerte de Zorrilla, cantor romántico de la ciudad, sino a una pérdida más profunda, incluso una condición de pérdida perpetua que se ha mezclado con el ser de Granada. Podemos confirmarlo leyendo “Granada: elegía humilde”, el poema publicado en *Renovación* el 25 de junio de 1919:

Hoy, Granada, te elevas guardada de cipreses
(Llamas petrificadas de tu vieja pasión).
Partió ya de tu seno el naranjal de oro,
La palmera extasiada del África tesoro,
Sólo queda la nieve del agua y su canción.

.....

¿Qué se fue de tus muros para siempre, Granada?
Fue el perfume potente de tu raza encantada
Que dejando raudales de bruma te dejó:
¿O acaso tu tristeza es tristeza nativa
Y desde que naciste aún sigues pensativa
Enredando tus torres al tiempo que pasó?

IV, 37-38)

El poeta, heredero aplicado del romanticismo y de sus derivaciones modernistas, convierte a la ciudad en el espacio de la pérdida, en la

herida abierta de una insatisfacción. Así había presentado poco antes a la ciudad y al barrio del Albaicín en las páginas de *Impresiones y paisajes* (1918): “Todo nos hace ver un ambiente de angustia infinita, una maldición oriental que cayó sobre estas calles” (IV, 125). Esta inquietud invita a la trascendencia, a una mirada espiritual, mística, dispuesta a cargar el paisaje de sentido. Pero me gustaría destacar aquí que cuando García Lorca imagina un paisaje regional que condense sus inquietudes no acude a Andalucía, sino a Castilla. Es decir, dejando a un lado referencias salpicadas y sin excesiva importancia, *Impresiones y paisajes* puede ser un libro granadino, pero no andaluz. La mitología de la Granada romántica se enreda por tradición cultural con la Castilla del Monasterio de Silos o de San Pedro de Cardeña, o en los paisajes de Ávila, Zamora y Palencia. La “Meditación” del poeta andaluz por definición no tiene que ver en 1918 con el lorquismo sureño capaz de romper los límites cultos del *Romancero gitano* para hacerse popular en los cuplés y en los tablados del mundo, sino con un castellanismo heredado de la generación del 98, sobre todo de Miguel de Unamuno y Antonio Machado: “Hay un algo de inquietud y de muerte en estas ciudades calladas y olvidadas... ¡Ciudades de Castilla, estáis llenas de un misticismo tan fuerte y tan sincero que ponéis el alma en suspenso!... ¡Ciudades de Castilla, al contemplaros tan severas, los labios dicen algo de Haendel!...” (IV, 54 y 56).

Me parece muy aleccionador que la identidad andaluza que García Lorca encarna desde la redacción en 1922 del *Poema del cante jondo* no sea un origen telúrico, natural, adolescente o juvenil, sino una elaboración de cultura meditada. El muchacho decidido a ser poeta da sus primeros pasos en la realidad de una estirpe lírica fijada por la cultura, un territorio simbolista, de tradición romántica, en el que se abrazan el sentimentalismo tardomodernista, los violetas crepusculares del primer Juan Ramón y el castellanismo agónico de Unamuno. Los textos juveniles de García Lorca, esos textos en los que un buscador de identidades incontaminadas podría jugar a perseguir su verdad, no otorgan importancia significativa a Andalucía, sino a dos patrones culturales: el mito romántico de la Granada zorrillesca y el mito castellanista de la generación del

98. Y si hablo de una elaboración cultural meditada de Andalucía, es porque quedó constancia de un acto de voluntad estética, una decisión intencionada, en una carta a Melchor Fernández Almagro, escrita en julio de 1922, al calor de la celebración del famoso Concurso de Cante Jondo: “Este verano, si Dios me da ayuda con sus palomitas, haré una obra popular y andalucísima. Voy a viajar un poco por estos pueblos maravillosos, cuyos castillos, cuyas personas parece que nunca han existido para los poetas y... ¡¡Basta ya de Castilla!” (III, 738).

La elaboración de esta Andalucía literaria está en la base del primer momento de madurez estética de García Lorca, y no –como ya he dicho– por respuesta a un origen, sino como fruto de una indagación que intentaba conjugar su estirpe romántica con los procesos metafóricos de la vanguardia y con la síntesis lírica de las canciones de Juan Ramón Jiménez, dos referentes de modernización que tenían más que ver con la capacidad racionalista de abstracción que con el sentimentalismo decimonónico. García Lorca jugaba de esta manera a tensar un cable lírico sobre el que debían caminar unidos los dos extremos de la cultura contemporánea: el racionalismo abstracto y la identidad sentimental. Ahí situaba su apuesta por la lectura vanguardista de la tradición. Pero antes de seguir resulta necesario señalar que el mundo lírico del segundo libro de García Lorca, *Libro de poemas* (1921), se basó también en la lectura simbólica de un paisaje, la Vega de Granada, en el que el espíritu andaluz no alcanza tampoco mucha importancia. La consideración que se recoge en las “Palabras de justificación” es suficientemente explícita: “Sobre su incorrección, sobre su limitación segura, tendrá este libro la virtud, entre otras muchas que yo advierto, de recordarme en todo instante mi infancia apasionada correteando desnuda por las praderas de una vega sobre un fondo de serranía” (I,59). El tema central del libro, la melancolía ante la pérdida de la inocencia, fluye por los largos monólogos sentimentales, cargados de modernismo tardío y de ritmos populares e infantiles. Como en algunas prosas de juventud, la tensión entre el mundo rural de los pueblos de la Vega y la ciudad, entre el niño y el adulto, sirve para exponer la fatalidad de una inocencia perdida. El adolescente que vive el otoño de Granada y empieza a asomarse a

los abismos de la existencia recuerda con gusto una infancia desnuda, o sea, adánica, vestida de inocencia, entre los insectos, las alamedas y las canciones de la Vega.

La Andalucía de García Lorca asume un complejísimo proceso cultural en 1922. El territorio simbólico que delimita alrededor del cante jondo, siguiendo las teorías de Falla, mantiene una pauta clara de romanticismo, la delimitación de un ámbito natural, no degradado por la civilización, en el que se pueden reconocer los impulsos primigenios de la vida y la muerte. García Lorca se vale así de la mitología romántica del Sur para oponerse al castellanismo de Unamuno, que nunca había ahorrado desprecios para el paisaje andaluz. Pero si atendemos a los matices, nos daremos cuenta de que la decisión de García Lorca no se reduce a la defensa de Andalucía frente a Castilla. Había que optar entre distintas posibilidades. Juan Ramón Jiménez, en consonancia con el racionalismo vitalista de Ortega, que iba a desembocar en la reivindicación de la sensualidad mediterránea y en su conocida teoría sobre Andalucía, ya había levantado también su voz contra un castellanismo sin sensualidad, localista, austero y feo. La defensa de Andalucía estuvo para él marcada por la sensualidad, el gusto por la belleza, el cosmopolitismo y la voluntad universalista. No muy lejos encontró su razón de ser la recuperación de la Andalucía romántica perseguida por Luis Cernuda, en busca de un territorio de plenitud, en el que los cuerpos pudieran vivir libremente su diálogo con la tierra. Incluso la Andalucía marinera de Rafael Alberti, los paraísos infantiles y cálidos de la Bahía de Cádiz, podían enfrentarse a la ciudad gris y a una meseta con castillos, pero sin mar. La operación de García Lorca no fue por ese camino, porque necesitaba ser fiel a la lectura modernizadora del Romanticismo. Prefirió reclamar para Andalucía el sentimiento trágico de la vida que Unamuno había definido ante el árido paisaje castellano. La voz de García Lorca hereda mucho de Unamuno, pero se lleva esta herencia hasta el Sur. Como señalé en mi edición de *Poema del cante jondo*, se trataba de situar en la tradición romántica un modo vanguardista de abordar el asunto de la identidad, una fatalidad inseparable entre el yo y el nosotros, entre la afirmación y la disolución, entre el erotismo y la muerte: El joven poeta, animado

por una voluntad regeneracionista, denunciaba la degradación del cante en los tablaos urbanos y buscaba su verdad natural, su encuentro con la tragedia. Así lo afirma en la conferencia sobre el cante jondo de 1922: “Ya vengan del corazón de la sierra, ya vengan del naranjal sevillano o de las armoniosas costas mediterráneas, las coplas tienen un fondo común; el Amor y la Muerte..., pero un Amor y una Muerte vistos a través de la Sibila, ese personaje tan oriental, verdadera esfinge de Andalucía. En el fondo de todos los poemas late la pregunta que no tiene contestación. Nuestro pueblo pone los brazos en cruz mirando las estrellas y esperará inútilmente la seña salvadora. Es un gesto patético, pero verdadero. El poema o plantea un hondo problema emocional, sin realidad posible, o lo resuelve con la Muerte, que es la pregunta de las preguntas” (III, 1291-1292).

La conciencia trágica de Granada se funde ahora en el territorio simbólico de Andalucía, representado por el grito desgarrador del cante jondo, por los jinetes que nunca llegan a su destino o por los gitanos que sufren la persecución de la Guardia Civil. La famosa “Baladilla de los tres ríos” sabe que existen diferencias:

El río Guadalquivir
va entre naranjos y olivos.
Los dos ríos de Granada
Bajan de la nieve al trigo.

¡Ay amor
que se fue y no vino!

El río Guadalquivir
tiene las barbas granates.
Los dos ríos de Granada
uno llanto y otro sangre.

(I, 305)

Pero las diferencias no son muy importantes en cuanto se profundiza en la distancia simbólica entre la Granada trágica y la Sevilla navegable del amor. Sevilla protagoniza el “Poema de la saeta”, y los arqueros del amor desembocan también en el sacrificio de la muerte. Es la fatalidad del amor, la condena de la vida que necesita consumirse para alcanzar plenitud. La felicidad frágil del tiempo y del deseo se enfrenta con su fugacidad y desemboca en el vacío. Las saetas del amor acaban clavándose líricamente en la representación procesional del *Ecce Homo*:

Por la calleja vienen
extraños unicornios.
¿De qué campo,
de qué bosque mitológico?

(I, 318)

García Lorca elabora la estirpe romántica del Sur, el territorio de los sentimientos acentuados, pero utiliza para ello el recurso de las metáforas racionalistas. Es una fusión paradójica que caracteriza el mundo lorquiano, definido así en una de las fronteras más conflictivas de la estética contemporánea. Ortega y Gasset afirmó en *La deshumanización del arte* (1925) que “el poeta empieza donde el hombre acaba” (págs. 47-48). La tarea del artista se basaba en el esfuerzo por borrar la identidad propia, las pegajosas realidades sentimentales, la herencia romántica de las escisiones subjetivas, en favor de una mirada distanciadora, capaz de ordenar conceptualmente el caos del mundo. La metáfora se convertía así en una vía conceptual de comprensión de las cosas, y el lenguaje poético aspiraba a identificarse con la exactitud matemática. El distanciamiento artístico, el poeta que empieza donde el hombre acaba, era inseparable de la definición del género que Ortega propuso en *La deshumanización del arte*: “La poesía es hoy el álgebra superior de las metáforas” (págs. 49). Lo llamativo del joven García Lorca es que recurre a esta opción antirromántica para expresar las heridas originales del romanticismo. En los argumentos y en las características del poeta granadino, son muy

conocidas las desgarraduras de la crisis, la oscuridad romántica de la tragedia. Sin embargo, hubo incluso, en la primera madurez lorquiana, una aspiración racionalista, que en algunos casos se convirtió en una alternativa estética dominante. García Lorca quiso domar sus penumbras sentimentales con la arquitectura higiénica, iluminadora y racionalista del cubismo. Esa fue la aspiración que palpitaba en la “Oda a Salvador Dalí” (1926):

Canto tu bello esfuerzo de luces catalanas,
tu amor a lo que tiene explicación posible.
Canto tu corazón astronómico y tierno,
de baraja francesa y sin ninguna herida.

(I, 460)

Recuerdo aquí esta ilusión cubista de García Lorca, porque tendrá unas consecuencias inevitables en la elaboración simbólica de sus paisajes. Cadaqués, “el corazón de Cataluña eterna” (I, 460), no es sólo el territorio de la amistad con Dalí, sino también el ámbito del equilibrio clásico, de la claridad conceptual, de los valores universales que deben definir el rumbo de la modernidad. Frente a la vieja España romántica, dormida en la historia, se eleva con la perfección de un acueducto el dinamismo de la vida catalana. Precisamente desde Cadaqués, el 8 de abril de 1925, el poeta comentaba en una carta a su familia: “Antes de Barcelona tendré que leer en la Biblioteca de la Mancomunidad de Figueras, pues hoy ha llegado a Cadaqués un muchacho literato a invitarme en nombre de todos. Yo lo haré pues esta gente se porta conmigo espléndidamente. España está muerta pero Cataluña está viva, y como está viva hay vida literaria y política y social” (III, 832). En una carta a Ana María Dalí, de septiembre de 1925, no duda en declararse “amigo de Cataluña entera, ¡eso siempre! ¡Visca!”, (III, 853). Y dos años después, en otra carta fechada en agosto de 1927, confiesa a su amiga las diferencias que siente en el paisaje granadino frente al catalán: “Aquí existe una cantidad increíble de melancolía histórica que me hace recordar esa atmósfera

justa y neutral de tu terraza...” (III, 1015). La Cataluña eterna era, pues, el escenario matemático, conceptual, que había superado las melancolías y las insatisfacciones de la herida romántica.

Pero en la evolución literaria de Federico García Lorca duró poco tiempo la apuesta confiada en el racionalismo de la modernidad. Ni se podían borrar las quiebras sentimentales de la propia identidad, ni la cabeza era capaz de separarse de las angustias del corazón, ni el futuro tecnificado había conseguido la felicidad pública. Un territorio urbano, frío, sin espíritu, relacionado con los fracasos personales y los vertederos colectivos, se delimitó inmediatamente como paisaje de una voz desesperada. Nueva York, la metrópoli, el ámbito del progreso envenenado y de las multitudes sucias, irrumpe en la obra de García Lorca para invertir la significación del sueño matemático y de la perfección arquitectónica, que se presentan ahora como ámbitos agresivos. La deshumanización no es ya un orgulloso ejercicio de control sentimental, sino la certificación de que la razón técnica se ha distanciado de sus raíces, contaminando los ideales optimistas de los individuos y de la sociedad. Más que felicidad pública, la metrópoli es una sofisticada geografía de desaliento y nuevas explotaciones. La conferencia “Un poeta en Nueva York”, preparada en 1932 con motivo de una lectura de *Poeta en Nueva York* en la Residencia de Señoritas de Madrid, da cuenta del proceso de degradación que ha cargado de matices negativos los antiguos referentes prestigiosos del racionalismo urbano: “Los dos elementos que el viajero capta en la gran ciudad son: arquitectura extrahumana y ritmo furioso. Geometría y angustia. En una primera ojeada, el ritmo puede parecer alegría, pero cuando se observa el mecanismo de la vida social y la esclavitud dolorosa de hombre y máquina juntos, se comprende aquella típica angustia vacía que hace perdonable, por evasión, hasta el crimen y el bandidaje. Las aristas suben al cielo sin voluntad de nube ni voluntad de gloria” (III, págs. 164-165).

El prestigio simbólico de la arquitectura se ha hundido. El álgebra superior es ahora un ejército de aristas enemigas, una realidad cuyas fórmulas no se desarrollan a la altura del ser humano. Así lo resume el poema “La aurora”:

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.

(I, 536)

García Lorca había tenido el cuidado de utilizar en su caracterización de la arquitectura de Nueva York el adjetivo *extrahumana*, para evitar confusiones con el concepto orteguiano de deshumanización. Pero las consecuencias literarias e ideológicas son claras, porque la fe en el poder conceptual de las metáforas y en los ejercicios de abstracción artística solo eran posibles dentro de una confiada apuesta por los valores de la razón moderna. El desesperado paisaje exterior corre en paralelo a la crisis de la subjetividad, al vertedero íntimo, a una voz rota que necesita expresarse a través de la desesperación. El poeta habla de una “angustia vacía que hace perdonable, por evasión, hasta el crimen y el bandidaje”. Había sido precisamente el concepto de *evasión* el que sirvió para fijar el itinerario ascendente del cubismo o de la metáfora gongorina hasta unos tonos parecidos al irracionalismo en la poesía lorquiana. En una conferencia leída en el Ateneo de Granada, en octubre de 1928, titulada “Imaginación, inspiración, evasión”, había afirmado: “Las últimas generaciones de poetas se preocupan de reducir la poesía a la creación del hecho poético y seguir las normas que este mismo hecho impone, sin escuchar la voz del razonamiento lógico ni el equilibrio de la imaginación. Pretende libertar la poesía no sólo de la anécdota, sino del acertijo de la imagen y de los planos de la realidad, lo que equivale a llevar la poesía a un último plano de pureza y sencillez. Se trata de una realidad distante, dar un salto a mundos de emociones vírgenes, teñir los poemas de un sentimiento planetario. *Evasión* de la realidad por el camino del sueño, por el camino del subconsciente...” (III, 101).

Este proceso se había iniciado en la poesía de García Lorca ya en 1928, antes de su viaje a Nueva York. Así que tampoco es posible hacer de *Poeta en Nueva York* una lectura de reducciones biográficas, porque el libro

no es una crónica, tiene mucho de ficción literaria, y sus elaboraciones estéticas, tanto en los recursos formales como en la composición del personaje protagonista, superan las anécdotas personales para encarnar la crisis del sujeto de la modernidad. El “asesinado por el cielo” de García Lorca asume su malestar personal y su visión crítica de la sociedad capitalista en los años 30, pero trasciende a su propia experiencia hasta unirse a las figuras trágicas que protagonizan la quiebra del sujeto moderno en la poesía contemporánea. Los hombres deshabitados, los trajes huecos, las criaturas sin desnudo, los cuerpos sin cabeza, caminan por las calles de la poesía de Eliot, Alberti, Cernuda, Neruda y García Lorca, personificando una crisis que puede vivirse en primera persona, pero que tiene una significación mucho más extensa.

El conocimiento de la biografía enriquece la visión literaria de un autor. Pero conviene evitar la tentación de considerar las obras un reflejo directo de la vida, ya que, más que verdades esenciales, las obras ponen en juego códigos culturales, modos de interpretar los hechos, modelos de elaboración, caminos en los que un autor busca su respuesta moral y estética a un tiempo histórico. Por ejemplo, las raíces granadinas a las que vuelve García Lorca en *Diván del Tamarit*, durante los últimos años de su creación lírica, son inseparables de la experiencia del vacío asumida en *Poeta en Nueva York*. Los versos de “1910. Intermedio” habían evocado desde la metrópoli los paisajes de la infancia, imponiendo una conclusión radical:

No preguntarme nada. He visto que las cosas
cuando buscan su pulso encuentran su vacío.
Hay un dolor de huecos por el aire sin gente
y en mis ojos criaturas vestidas ¡sin desnudo!

(I, 512)

Los poemas de *Diván del Tamarit* buscan la geografía y la historia de la ciudad del poeta para darle una materia más clara y comprensible a

la conciencia trágica del sujeto en crisis. La pérdida de la inocencia, la lucidez que descubre el vacío dentro de las promesas consoladoras de los orígenes, el vértigo ante una realidad sin esencias, en perpetuo fluir, y la falta absoluta de raíces en los movimientos de la historia, pueden constatarse en el regreso del poeta maduro a la ciudad natal. Pasear por los escenarios de la infancia y la adolescencia permite experimentar de forma contundente el paso del tiempo. No sólo la inocencia moral se deshace con el paso de la vida, sino también los paisajes exteriores, los lugares, los comercios, los decorados iniciales del mundo. La conciencia trágica encontraba apoyo en Granada, porque heredaba la nostalgia del mundo árabe y porque abría los escenarios infantiles para descubrir el vacío allí donde precisamente debería situarse la plenitud. No ya en la metrópoli neoyorkina, sino en los ámbitos naturales del poeta, y a través de un tono más equilibrado, menos desesperado, sucedía el drama. El regreso a la propia ciudad permite una forma más íntima de dialogar con la muerte. Es lo que ocurre en la “Gacela V. Del niño muerto”:

Todas las tardes en Granada,
todas las tardes se muere un niño.
Todas las tardes el agua se sienta
a conversar con sus amigos.

Los muertos llevan alas de musgo.
El viento nublado y el viento limpio
son dos faisanes que vuelan por las torres
y el día es un muchacho herido.

No quedaba en el aire ni una brizna de alondra
cuando yo te encontré por las grutas del vino.
No quedaba en la tierra ni una miga de nube
cuando te ahogabas por el río.

Un gigante de agua cayó sobre los montes
y el valle fue rodando con perros y con lirios.

Tu cuerpo, con la sombra violeta de mis manos,
era, muerto en la orilla, un arcángel de frío.

(I, 594-595)

La degradación, la muerte, la catástrofe, el diluvio, se sientan a conversar con el poeta en Granada. Un arcángel de frío está muerto en la orilla de su realidad y de sus recuerdos. Las referencias al mundo oriental de la poesía árabe suponen un código cultural, un modo de intensificar la conciencia de expulsión, de nomadismo, de falta de estabilidad, que uno puede descubrir mejor que en ningún sitio, si se abren bien los ojos, en la propia ciudad natal. El poeta elabora de nuevo el mundo de la pérdida, aunque de forma más interiorizada. Son las raíces de su propia identidad las que están sometidas a los procesos de la lucidez y de la negación. No conviene olvidar el peso de la rebeldía social, en unas fechas cada vez más marcadas por el compromiso político. Así lo demuestran unas declaraciones del poeta, recogidas por Gil Benumeya en *La Gaceta Literaria* (15 de enero de 1931): “Yo creo que el ser de Granada me inclina a la comprensión simpática de los perseguidos. Del gitano, del negro, del judío... del morisco, que todos llevamos dentro. Granada huele a misterio, a cosa que no puede ser y, sin embargo, es” (III, 378).

Todas las ciudades huelen a misterio cuando un poeta busca en ellas su propia infancia, porque todas se convierten en una experiencia de pérdida y vacío. Las declaraciones de García Lorca, además de aludir a la historia concreta de Granada y a su simpatía por los perseguidos, nos pueden ayudar a comprender que las respuestas posibles a las contradicciones de la existencia social tienen más que ver con las fragilidades de la dignidad humana que con las certezas de una identidad, ya sea nacional o religiosa. En una entrevista con Luis Bagaría, fechada el 10 de julio de 1936, Federico García Lorca no duda en criticar los peligros del nacionalismo: “Yo soy español integral, y me sería imposible vivir fuera de mis límites geográficos; pero odio al que es español por ser español nada más. Yo soy hermano de todos y execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta por el solo hecho de que ama a su

patria con una venda en los ojos. El chino bueno está más cerca de mí que el español malo. Canto a España y la siento hasta la médula; pero antes que esto soy hombre del mundo y hermano de todos. Desde luego no creo en la frontera política” (III, 637)

Las lecciones de la fugacidad y el vacío sólo pueden responderse desde una conciencia moral legitimada en sí misma, sin apoyos de dogmas o de verdades esenciales. Es la emoción que trasmite una parte de la mejor poesía contemporánea. Junto a García Lorca, y por diversos caminos, las obras de autores como Neruda, Alberti o Cernuda, nos avisan de que las identidades dependen siempre de coyunturas históricas. Resulta una falacia intentar convertir una identidad en ley esencial, y un peligro situarla por encima de la conciencia humana, ese ámbito de responsabilidad solitaria y de vínculos humanos que no puede supeditarse a ninguna frontera.

Estos fueron los paisajes simbólicos del poeta: Granada, su Vega, Andalucía, Cataluña, Nueva York y de nuevo Granada. Conocidas las elaboraciones culturales que se mueven bajo cada territorio, es muy difícil aceptar las explicaciones superficiales del biografismo, ya sea a la hora de aludir unos orígenes telúricos, ya sea en la oportunidad de calibrar algunos aspectos importantes de la personalidad del poeta, como su condición homosexual o sus compromisos políticos. Más que las verdades de la vida, la literatura nos muestra las elaboraciones culturales y los procedimientos poéticos que convierten en arte las experiencias vividas o imaginadas. Nosotros leemos a un poeta que se educó en la tradición romántica y que decidió desde su juventud medirse con los horizontes más amplios a los que podía aspirar, sin reducirse a las promesas mediocres del ambiente provinciano. Un poeta que confió por un momento en el ideal de los valores universales, a través del racionalismo metafórico escenificado en el mediterráneo catalán, y que luego entró en crisis, y gritó desde los rascacielos de Nueva York al comprender que la eternidad abstracta de la razón entraba en conflicto con las exigencias concretas de sus sentimientos. Razón y sentimientos se mostraron como caminos diversos para descubrir un mismo vacío, una misma inestabilidad, una misma negación de las esencias. No existe

otra realidad que las fugaces coyunturas históricas de los seres que pertenecen a la vida y a la muerte. La poesía de García Lorca volvió a Granada para comprobar en su ciudad, con sus recuerdos, esta verdad incontestable del tiempo, de los paisajes que se hacen, nos hacen y se deshacen, dejándonos a solas con nuestra conciencia.

Bibliografía citada

- García Lorca, Federico (1996), *Obras completas*, IV Vols., Barcelona, Círculo de Lectores. Edición Miguel García Posada.
- Luis García Montero, *Un lector llamado Federico García Lorca*, Taurus, Madrid, 2016.
- Federico García Lorca, *Poema del cante jondo*, Austral, Barcelona 2017. Edición de Luis García Montero.
- Ortega y Gasset, José (1925), *La deshumanización del arte*, Madrid, Revista de Occidente.

ANTOLOGÍA

De Primeros poemas

YO ESTABA TRISTE FRENTE A LOS SEMBRADOS

Yo estaba triste frente a los sembrados.
Era una tarde clara.
Dormido entre las hojas de un librote
Shakespeare me acompañaba...
«El sueño de una noche de verano»
Era el librote.

Estaban
Descansando en la tierra los arados.
Y era tristeza humana,
La tristeza de aquellos armatostes
Dormidos junto al agua.
¡Qué hermosas son las nubes del otoño!
Lejos los perros ladran.
Y por los olivares lejanos aparecen
Las manos de la noche.

Mi distancia
Interior se hace turbia.
Tiene mi corazón telas de araña...
¡El demonio de Shakespeare!
¡Qué ponzoña me ha vertido en el alma!

¡Casualidad temible es el amor!
Nos dormimos y un hada
Hace que al despertarnos adoremos
Al primero que pasa.
¡Qué tragedia tan honda! Y Dios ¿qué piensa?
¿Se le han roto las alas?

¿O acaso inventa otro aparato extraño
para llenarlo de alma?
¿Será Dios un artista medio loco?
¡Dame, San Agustín tus manos pálidas
y tus ojos de sombra
y tu llama!...

Estas flores tranquilas de la acequia
¿Son como mis palabras
Frutas para los dientes de los aires
y después para nada?
Y esa encina que casi tiene boca
Y brazos y mirada
¿Dejará la yedra de su espíritu
para hundirse sin alma?
Y luego el corazón ¿de qué nos sirve?
¿Para dejarlo en una senda larga
Colgado en otro pecho
O enterrarlo bajo la nieve blanca
Cuando sentimos sobre nuestra frente
el frío de las canas?

.....

¡Qué lejos está el monte!
¡Amigo William!
¿Me escuchas? ¿Sí?
(Las ramas
Secas de los árboles
Suspiran en silencio sobre el agua.)

¡Cuánta sombra! ¡Dios mío!
Ya me acuerdo de ti... Ya la esperanza
Como una flor echa su polen de oro
Sobre mi frente mala.
¡Gracias Señor!

Dos sombras silenciosas
Por el camino pasan.
Una es el geniecillo de Descartes.
La otra sombra es la Muerte...
Yo siento sus miradas
Como besos de plomo sobre mi piel.
¡Se han callado las ranas!
¡Ya se alejan! Ay ¿cuál es el camino
que conduce a mi casa?
¿Es éste? ¿Es aquél? ¿O esa vereda?
¡Qué confusión!...

¡Las ranas
Empiezan muy piano sus canciones
todas desconcertadas!
Y ya donde se cruzan los caminos
Veo sobre la montaña
Una caricatura de la esfinge
¡Riendo a carcajadas!

Luego pensé en mi habitación a solas
Y al calor de mi lámpara:
Todos vivimos en el bosque negro
Que Shakespeare se inventara.

Hay quien se siembra lirios en el pecho
Y le nacen ortigas.

Hay quien canta
Creyendo que es alondra matutina,
Y está muda su flauta.
Pero, Señor, ¿el corazón es cosa
tan frágil y tan falsa?
Pienso serenamente en mi tristeza.
Es ya la madrugada
Y veo en cada silla de mi cuarto
Sentado un gran fantasma.

23 de octubre de 1917

PARQUES EN OTOÑO

Romanza con palabras

Por el parque en Otoño, las almas han pasado.
Las almas de otros siglos que esperan renacer.
Las umbrías lloraron sus nieves funerales.
Las rosas de la muerte volcaron sus panales
Sobre la paganía de aquel atardecer.
Las hojas modularon las danzas dolorosas.
Un Apolo de mármol a una rosa miró.
El violín de los sueños entonó hacia Poniente
La imposible canción de una vida inconsciente.
Torre de azul romántico que nadie consiguió.
Los parques en Otoño son jardines de almas,
Que al pasar operaron genial transformación.
Dieron a la floresta el tinte amarillento
Que en las tardes murmura monótono memento
Por los hombres que sufren la enorme sinrazón.
Las desnudas estatuas se tiñeron de grana.
Las fuentes fueron ámbar de rosa encantador.
El corazón brumoso de un amor escondido
Se aposentó en el parque como mago perdido
Que busca el relicario del gris y del dolor.
El Otoño es lo vago, lo lejano, la bruma.
Es como una invisible romanza de color
Que la orquesta vibrante de la tarde muriente
Desgrana suplicante al aire lentamente,
Mientras la luz se borra con pausado temblor.
En las frondas de oro se adivinan las carnes
De mujeres de siglos en que el amor triunfó.
Tras las ramas rojizas el poeta suspira

Por María, por Celia, por Luisa, por Elvira...
Cuyos bustos suaves un camafeo copió.
El Otoño es el alma de enorme clavicordio
Que lo pulsa Mozart con tres siglos de edad.
El Otoño es tragedia borrosa que se irisa.
El Otoño es un llanto luminoso y la risa
Que nos envían las Musas momificadas ya.
El Otoño es el fuego del gigante incensario
Que perfuma a las almas que desean la luz.
El Otoño es la copa de una miel dolorida
Donde liban las almas cansadas de la vida.
En su seno descargan los enfermos su cruz.
Los parques otoñales suenan a clavicordio.
Toda la maravilla de la edad que pasó
Desfila silenciosa por entre la floresta.
Caballeros y damas que van a la gran fiesta
Con rosas del rosal que jamás floreció.
Por el parque en Otoño sus almas han pasado
Sus almas de otros siglos que esperan renacer.
Las umbrías lloraron sus nieves funerales.
Las rosas de la muerte volcaron sus panales
Sobre la paganía de aquel atardecer.

EN VERANO LA VEGA AMARILLA DEL TRIGO

En Verano la vega amarilla del trigo
Es un campo de oro que la tarde cuajó.
Y parece en las noches de luna silenciosa
Una hostia dormida con que comulga Dios.

¡Oh vientre de la Tierra que canta la cigarra!
¡Oh pasión lujuriosa de oro y de carmín!
¡Oh rito de Verano en la vega fecunda!
Cíngulos de esmeralda, casullas de marfil.

El altar es la sierra gloriosa ya sin nieves.
La misa la celebra el sacerdote sol.
El vino es un poniente sangriento y nacarado
Y el misal es el cielo teñido de arrebol.

El momento del Gloria es el alba divina
Y los trenos solemnes de la consagración
Los canta el sacerdote en pleno mediodía
Cuando muere la espiga entregando su don.

Las palabras divinas del santo sacrificio
Son ecos de campanas, cinceles de la fe,
Y el ite missa est mil zumbidos de abejas
Y sangrarse las rocas con panales de miel.

Misa maravillosa de la Naturaleza
En iglesia de oro con techo de cristal.

¡Oh vega de Granada bajo el sol de Verano!
Que antes fue lago inmenso y ahora es fecunda.
Gloria a tus cabelleras de trigales marchitos.
Gloria a tus hijos rudos que nos hacen el pan
Con rayas de esmeralda y ráfagas de gris.
Patena florecida bajo el peso del cielo,
Pupila de la Tierra hacia el azul sin fin.

La vega de Granada es un cráter inmenso
Cuya lava es torrente de espigas del trigal,
Cuyo humo son nubes encendidas de tarde,
Triunfos de luz maciza en ara de cristal.
Y balar de rebaños por los secos caminos.
Y derrumbarse el cielo como inmenso panal
De nácar invisible que cayera en la Tierra.
Y coplas andaluzas de muerte y de soñar.
Y ruidos de remanso, corazón de las aguas.
Y llantos de alamedas...
Y voces de zagal...
Y sombras y aromas...
Que se van...
Llanura ensombrecida por la sierra de nieve,
Túmulo cadencioso, dosel plata y azul,
Llanura que es un templo de riqueza y potencia,
Copa enorme y profunda, desbordada de luz.

Grave nido de aromas misteriosos y dulces
Donde el ave sonido sus alas desplegó,
Iniciando en el dulce secreto de los cantos
A las aguas profundas y a los rayos del sol.

Rezuma tu riqueza que es gloria
De los mundos divinos.
¡Oh llanura gloriosa! Copa, nido y altar,
Que en las faldas oscuras de la sierra de plata,
Guardada por cipreses, te mira la ciudad.

SOBRE UN LIBRO DE VERSOS

Dejaría en el libro
Este toda mi alma.
Este libro que ha visto
Conmigo los paisajes
Y vivido horas santas.
¡Qué pena de los libros
Que nos llenan las manos
De rosas y de estrellas
Que se esfuman y pasan!
¡Qué tristeza tan honda
Es mirar los retablos
De dolores y penas
Que un corazón levanta!
Ver pasar los espectros
De vidas que se borran,
Ver al hombre desnudo
En Pegaso sin alas,
Ver la Vida y la Muerte,
la síntesis del mundo,
Que en espacio profundo
Se miran y se abrazan.
Un libro de poesías
Es el Otoño muerto.
Los versos son las hojas
Negras en tierras blancas,
Y la voz que lo lee
Es el soplo del viento
Que hunde en los pechos
—Entrañables distancias—.

El poeta es un árbol
Con frutos de tristeza
Y con hojas marchitas
De llorar lo que ama.
El poeta es el médium
De la Naturaleza
Que explica su grandeza
Por medio de palabras.
El poeta comprende
Todo lo incomprensible
Y a cosas que se odian
Él hermanas las llama.
Sabe que los senderos
Son todos imposibles
Y por eso en lo oscuro
Va por ellos con calma.
En los libros de versos,
Entre rosas de sangre,
Van desfilando tristes
Y eternas caravanas
Que hirieron al poeta
Que lloraba en la tarde,
Rodeado y ceñido
Por sus propios fantasmas.
Poesía es Amargura,
Miel celeste que mana
De un panal invisible
Que fabrican las almas.
Poesía es lo imposible
Hecho posible. Arpa
Que tiene en vez de cuerdas

Corazones y llamas.
Poesía es la vida
Que cruzamos con ansia
Esperando al que lleve
Sin rumbo nuestra barca.
Libros dulces de versos
Son los astros que pasan
Por el silencio mudo
Al reino de la Nada,
Escribiendo en el cielo
Sus estrofas de plata.
¡Oh, qué penas tan hondas
Y nunca remediadas,
Las voces dolorosas
Que los poetas cantan!
Como en el horizonte
Descanso las miradas.
Dejaría en el libro
Este, ¡toda mi alma!

De Libro de poemas

LOS ENCUENTROS DE UN CARACOL AVENTURERO

A Ramón P. Roda

Hay dulzura infantil
en la mañana quieta.
Los árboles extienden
sus brazos a la tierra.
Un vaho tembloroso
cubre las sementeras,
y las arañas tienden
sus caminos de seda
—rayas al cristal limpio
del aire—.

En la alameda
un manantial recita
su canto entre las hierbas.
Y el caracol, pacífico
burgués de la vereda,
ignorado y humilde,
el paisaje contempla.
La divina quietud
de la Naturaleza
le dio valor y fe,
y olvidando las penas
de su hogar, deseó
ver el fin de la senda.

Echó a andar e internose
en un bosque de yedras
y de ortigas. En medio
había dos ranas viejas

que tomaban el sol,
aburridas y enfermas.

“Esos cantos modernos
—murmuraba una de ellas—
son inútiles”. “Todos,
amiga —le contesta
la otra rana, que estaba
herida y casi ciega—.
Cuando joven creía
que si al fin Dios oyera
nuestro canto, tendría
compasión. Y mi ciencia,
pues ya he vivido mucho,
hace que no lo crea.
Yo ya no canto más...”

Las dos ranas se quejan
pidiendo una limosna
a una ranita nueva
que pasa presumida
apartando las hierbas.

Ante el bosque sombrío
el caracol se aterra.
Quiere gritar. No puede.
Las ranas se le acercan.

“¿Es una mariposa?”
dice la casi ciega.
“Tiene dos cuernecitos
—la otra rana contesta—.

Es el caracol. ¿Vienes,
caracol, de otras tierras?”

“Vengo de mi casa y quiero
volverme muy pronto a ella”.

“Es un bicho muy cobarde
—exclama la rana ciega—.

¿No cantas nunca?” “No canto”,
dice el caracol. “¿Ni rezas?”

“Tampoco: nunca aprendí”.

“¿Ni crees en la vida eterna?”

“¿Qué es eso?”

“Pues vivir siempre
en el agua más serena,
junto a una tierra florida
que a un rico manjar sustenta”.

“Cuando niño a mí me dijo
un día mi pobre abuela
que al morirme yo me iría
sobre las hojas más tiernas
de los árboles más altos”.

“Una hereje era tu abuela.
La verdad te la decimos
nosotras. Creerás en ella”,
dicen las ranas furiosas.

“¿Por qué quise ver la senda?
—gime el caracol—. Sí creo
por siempre en la vida eterna
que predicáis...”

Las ranas,
muy pensativas, se alejan.
y el caracol, asustado,
se va perdiendo en la selva.

Las dos ranas mendigas
como esfinges se quedan.
Una de ellas pregunta:
“¿Crees tú en la vida eterna?”
“Yo no”, dice muy triste
la rana herida y ciega.
“¿Por qué hemos dicho, entonces,
al caracol que crea?”
“Por qué... No sé por qué
—dice la rana ciega—.
Me lleno de emoción
al sentir la firmeza
con que llaman mis hijos
a Dios desde la acequia...”

El pobre caracol
vuelve atrás. Ya en la senda
un silencio ondulado
mana de la alameda.
Con un grupo de hormigas
encarnadas se encuentra.
Van muy alborotadas,
arrastrando tras ellas
a otra hormiga que tiene
tronchadas las antenas.
El caracol exclama:
“Hormiguitas, paciencia.

¿Por qué así maltratáis
a vuestra compañera?
Contadme lo que ha hecho.
Yo juzgaré en conciencia.
Cuéntalo tú, hormiguita”.

La hormiga, medio muerta,
dice muy tristemente:
“Yo he visto las estrellas.”
“¿Qué son las estrellas?”, dicen
las hormigas inquietas.
Y el caracol pregunta
pensativo: “¿Estrellas?”
“Sí —repite la hormiga—,
he visto las estrellas,
subí al árbol más alto
que tiene la alameda
y vi miles de ojos
dentro de mis tinieblas”.
El caracol pregunta:
“¿Pero qué son las estrellas?”
“Son luces que llevamos
sobre nuestra cabeza”.
“Nosotras no las vemos”,
las hormigas comentan.
Y el caracol: “Mi vista
sólo alcanza a las hierbas.”
Las hormigas exclaman
moviendo sus antenas:
“Te mataremos; eres
perezosa y perversa.
El trabajo es tu ley.”

“Yo he visto a las estrellas”,
dice la hormiga herida.
Y el caracol sentencia:
“Dejadla que se vaya.
seguid vuestras faenas.
Es fácil que muy pronto
ya rendida se muera”.

Por el aire dulzón
ha cruzado una abeja.
La hormiga, agonizando,
huele la tarde inmensa,
y dice: “Es la que viene
a llevarme a una estrella”.

Las demás hormiguitas
huyen al verla muerta.

El caracol suspira
y aturdido se aleja
lleno de confusión
por lo eterno. “La senda
no tiene fin —exclama—.
Acaso a las estrellas
se llegue por aquí.
Pero mi gran torpeza
me impedirá llegar.
No hay que pensar en ellas”.
Todo estaba brumoso
de sol débil y niebla.
Campanarios lejanos
llaman gente a la iglesia,

y el caracol, pacífico
burgués de la vereda,
aturdido e inquieto,
el paisaje contempla.

ELEGÍA A DOÑA JUANA LA LOCA

A Melchor Fernández Almagro

Princesa enamorada sin ser correspondida.
Clavel rojo en un valle profundo y desolado.
La tumba que te guarda rezuma tu tristeza
a través de los ojos que ha abierto sobre el mármol.

Eras una paloma con alma gigantesca
cuyo nido fue sangre del suelo castellano,
derramaste tu fuego sobre un cáliz de nieve
y al querer alentarlo tus alas se troncharon.

Soñabas que tu amor fuera como el infante
que te sigue sumiso recogiendo tu manto.
Y en vez de flores, versos y collares de perlas,
te dio la Muerte rosas marchitas en un ramo.

Tenías en el pecho la formidable aurora
de Isabel de Segura. Melibea. Tu canto,
como alondra que mira quebrarse el horizonte,
se torna de repente monótono y amargo.

Y tu grito estremece los cimientos de Burgos.
Y oprime la salmodia del coro cartujano.
Y choca con los ecos de las lentas campanas
perdiéndose en la sombra tembloroso y rasgado.

Tenías la pasión que da el cielo de España.
La pasión del puñal, de la ojera y el llanto.
¡Oh princesa divina de crepúsculo rojo,

con la rueca de hierro y de acero lo hilado!
Nunca tuviste el nido, ni el madrigal doliente,
ni el laúd juglaresco que solloza lejano.
Tu juglar fue un mancebo con escamas de plata
y un eco de trompeta su acento enamorado.

Y, sin embargo, estabas para el amor formada,
hecha para el suspiro, el mimo y el desmayo,
para llorar tristeza sobre el pecho querido
deshojando una rosa de olor entre los labios.

Para mirar la luna bordada sobre el río
y sentir la nostalgia que en sí lleva el rebaño
y mirar los eternos jardines de la sombra,
¡oh princesa morena que duermes bajo el mármol!

¿Tienes los ojos negros abiertos a la luz?
O se enredan serpientes a tus senos exhaustos...
¿Dónde fueron tus besos lanzados a los vientos?
¿Dónde fue la tristeza de tu amor desgraciado?

En el cofre de plomo, dentro de tu esqueleto,
tendrás el corazón partido en mil pedazos.
Y Granada te guarda como santa reliquia,
¡oh princesa morena que duermes bajo el mármol!

Eloisa y Julieta fueron dos margaritas,
pero tú fuiste un rojo clavel ensangrentado
que vino de la tierra dorada de Castilla
a dormir entre nieve y ciprerales castos.
Granada era tu lecho de muerte, Doña Juana,
los cipreses, tus cirios; la sierra, tu retablo.
Un retablo de nieve que mitigue tus ansias,

¡con el agua que pasa junto a ti! ¡La del Dauro!
Granada era tu lecho de muerte, Doña Juana,
la de las torres viejas y del jardín callado,
la de la yedra muerta sobre los muros rojos,
la de la niebla azul y el arrayán romántico.

Princesa enamorada y mal correspondida.
Clavel rojo en un valle profundo y desolado.
La tumba que te guarda rezuma tu tristeza
a través de los ojos que ha abierto sobre el mármol.

Granada, diciembre de 1918

BALADA TRISTE

Pequeño poema

¡Mi corazón es una mariposa,
niños buenos del prado!,
que presa por la araña gris del tiempo
tiene el polen fatal del desengaño.

De niño yo canté como vosotros,
niños buenos del prado,
solté mi gavilán con las temibles
cuatro uñas de gato.

Pasé por el jardín de Cartagena
la verbena invocando
y perdí la sortija de mi dicha
al pasar el arroyo imaginario.

Fui también caballero
una tarde fresquita de mayo.
Ella era entonces para mí el enigma,
estrella azul sobre mi pecho intacto.
Cabalgué lentamente hacia los cielos.
Era un domingo de pipirigallo.
Y vi que en vez de rosas y claveles
ella tronchaba lirios con sus manos.

Yo siempre fui intranquilo,
niños buenos del prado.
el ella del romance me sumía
en ensoñares claros:
¿quién será la que coge los claveles
y las rosas de mayo?
¿Y por qué la verán sólo los niños
a lomos de Pegaso?

¿Será esa misma la que en los rondones
con tristeza llamamos
estrella, suplicándole que salga
a danzar por el campo...?

En abril de mi infancia yo cantaba,
niños buenos del prado,
la ella impenetrable del romance
donde sale Pegaso.
Yo decía en las noches la tristeza
de mi amor ignorado,
y la luna lunera, ¡qué sonrisa
ponía entre sus labios!
¿Quién será la que corta los claveles
y las rosas de mayo?
Y de aquella chiquilla, tan bonita,
que su madre ha casado,
¿en qué oculto rincón de cementerio
dormirá su fracaso?

Yo solo con mi amor desconocido,
sin corazón, sin llantos,
hacia el techo imposible de los cielos
con un gran sol por báculo.

¡Qué tristeza tan seria me da sombra!
Niños buenos del prado,
cómo recuerda dulce corazón
los días ya lejanos...
¿Quién será la que corta los claveles
y las rosas de mayo?

Granada, Abril, 1918

BALADA INTERIOR

A Gabriel

El corazón
que tenía en la escuela
donde estuvo pintada
la cartilla primera,
¿está en ti,
noche negra?

(Frío, frío,
como el agua
del río)

El primer beso
que supo a beso y fue
para mis labios niños
como la lluvia fresca,
¿está en ti,
noche negra?

(Frío, frío,
como el agua
del río)

Mi primer verso.
La niña de las trenzas
que miraba de frente,
¿está en ti,
noche negra?

(Frío, frío,
como el agua
del río.)

Pero mi corazón
roído de culebras,
el que estuvo colgado
del árbol de la ciencia,
¿está en ti,
noche negra?

(Caliente, caliente,
como el agua
de la fuente.)

Mi amor errante,
castillo sin firmeza,
de sombras enmohecidas,
¿está en ti,
noche negra?

(Caliente, caliente,
como el agua
de la fuente.)

¡Oh gran dolor!
Admites en tu cueva
nada más que la sombra.
¿Es cierto,
noche negra?

(Caliente, caliente,
como el agua
de la fuente.)

¡Oh corazón perdido!
¡Requiem aeternam!

Vega de Zujaira, 16 de Julio de 1920

EL MACHO CABRÍO

El rebaño de cabras ha pasado
junto al agua del río.
En la tarde de rosa y de zafiro,
llena de paz romántica,
yo miro
el gran macho cabrío.

¡Salve, demonio mudo!
Eres el más
intenso animal.
Místico eterno
del infierno
carnal...

¡Cuántos encantos
tiene tu barba,
tu frente ancha,
rudo Don Juan!
¡Qué gran acento el de tu mirada
mefistofélica
y pasional!

Vas por los campos
con tu manada,
hecho un eunuco
¡siendo un sultán!
Tu sed de sexo
nunca se apaga;
¡bien aprendiste
del padre Pan!

La cabra
lenta te va siguiendo,
enamorada con humildad;
mas tus pasiones son insaciables;
Grecia vieja
te comprenderá.

¡Oh ser de hondas leyendas santas
de ascetas flacos y Satanás,
con piedras negras y cruces toscas,
con fieras mansas y cuevas hondas,
donde te vieron entre la sombra
soplar la llama
de lo sexual!

¡Machos cornudos
de bravas barbas!
¡Resumen negro a lo medieval!
Nacisteis junto con Filomnedes
entre la espuma casta del mar,
y vuestras bocas
la acariciaron
bajo el asombro del mundo astral.

Sois de los bosques llenos de rosas
donde la luz es huracán;
sois de los prados de Anacreonte,
llenos con sangre de lo inmortal.

¡Machos cabríos!
Sois metamorfosis
de viejos sátiros
perdidos ya.

Vais derramando lujuria virgen
como no tuvo otro animal.

¡Iluminados del Mediodía!
Pararse en firme
para escuchar
que desde el fondo de las campiñas
el gallo os dice:
¡Salud!, al pasar.

1919

De Suites

SUITE DE LOS ESPEJOS

Símbolo
Cristo
tenía un
espejo
en cada mano.
Multiplicaba
su propio espectro.
Proyectaba su corazón
en las miradas
negras.
¡Creo!

El gran espejo

Vivimos
bajo el gran espejo.
¡El hombre es azul!
¡Hosanna!

Reflejo

Doña Luna.
(¿Se ha roto el azogue?)
No.
¿Qué muchacho ha encendido
su linterna?

Sólo una mariposa
basta para apagarte.
Calla... ¡Pero es posible!
¡Aquella luciérnaga
es la luna!

Rayos

Todo es abanico.
Hermano, abre los brazos.
Dios es el punto.

Réplica

Un pájaro tan solo
canta.
El aire multiplica.
Oímos por espejos.

Tierra

Andamos
sobre un espejo,
sin azogue,
sobre un cristal
sin nubes.
Si los lirios nacieran
al revés,
si las rosas nacieran

al revés,
si todas las raíces
miraran las estrellas,
y el muerto no cerrara
sus ojos,
seríamos como cisnes.

Capricho

Detrás de cada espejo
hay una estrella muerta
y un arco iris niño
que duerme.

Detrás de cada espejo
hay una calma eterna
y un nido de silencios
que no han volado.

El espejo es la momia
del manantial, se cierra,
como concha de luz,
por la noche.

El espejo
es la madre-rocío,
el libro que diseca
los crepúsculos, el eco hecho carne.

Sinto

Campanillas de oro.
Pagoda dragón.
Tilín, tilín,
sobre los arrozales.
Fuente primitiva.
Fuente de la verdad.
A lo lejos,
garzas de color rosa
y el volcán marchito.

Los ojos

En los ojos se abren
infinitos senderos.
Son de encrucijadas
de la sombra.
La muerte llega siempre
de esos campos ocultos.
(Jardinera que troncha
las flores de las lágrimas.)
Las pupilas no tienen
horizontes.
Nos perdemos en ellas
como en la selva virgen.
Al castillo de irás
y no volverás
se va por el camino
que comienza en el iris.
¡Muchacho sin amor,

Dios te libre de la yedra roja!
Guárdate del viajero,
Elenita que bordas
corbatas!

Initium

Adán y Eva.
La serpiente
partió el espejo
en mil pedazos,
y la manzana
fue la piedra.

Berceuse al espejo
dormido

Duerme.
No temas la mirada
errante.

Duerme.

Ni la mariposa,
ni la palabra,
ni el rayo furtivo
de la cerradura
te herirán.

Duerme.

Como mi corazón,
así tú,
espejo mío.
Jardín donde el amor
me espera.

Duérmete sin cuidado,
pero despierta,
cuando se muera el último
beso de mis labios.

EL JARDÍN DE LAS MORENAS
(Fragmentos)

Pórtico

El agua
toca su tambor
de plata.

Los árboles
tejen el viento
y las rosas lo tiñen
de perfume.

Una araña
inmensa
hace a la luna
estrella.

Acacia
¿Quién segó el tallo
de la luna?
(Nos dejó raíces
de agua.)
¡Qué fácil nos sería cortar las flores
de la eterna acacia!

Encuentro

María del Reposo,
te vuelvo a encontrar
junto a la fuente fría
del limonar.
¡Viva la rosa en su rosal!

María del Reposo,
te vuelvo a encontrar,
los cabellos de niebla
y ojos de cristal.
¡Viva la rosa en su rosal!

María del Reposo,
te vuelvo a encontrar.
Aquel guante de luna que olvide,
¿dónde está?
¡Viva la rosa en su rosal!

Limonar

Limonar.
Momento
de mi sueño.

Limonar.
Nido
de senos
amarillos.

Limonar.
Senos donde maman
las brisas del mar

Limonar.
Naranjal desfallecido,
naranjal moribundo,
naranjal sin sangre.

Limonar.
Tú viste mi amor roto
por el hacha de un gesto.

Limonar,
mi amor niño, mi amor
sin báculo y sin rosa.

Limonar.

(1921)

EL REGRESO

Yo vuelvo
por mis alas.
¡Dejadme volver!
¡Quiero morirme siendo
amanecer!
¡Quiero morirme siendo
ayer!
Yo vuelvo
por mis alas.
¡Dejadme retornar!
Quiero morirme siendo
manantial.
Quiero morirme fuera
de la mar.
Corriente
El que camina
se enturbia.
El agua corriente
no ve las estrellas.
El que camina
se olvida.
Y el que se para
sueña.
Hacia...
Vuelve,
¡corazón!,
vuelve.
Por las selvas del amor
no verás gentes.

Tendrás claros manantiales.

En lo verde,
hallarás la rosa inmensa
del siempre.

Y dirás: ¡Amor!, ¡amor!,
sin que tu herida
se cierre.

Vuelve,
¡corazón mío!,
vuelve.

Recodo

Quiero volver a la infancia
y de la infancia a la sombra.

¿Te vas, rui señor?

Vete.

Quiero volver a la sombra
y de la sombra a la flor.

¿Te vas, aroma?

¡Vete!

Quiero volver a la flor
y de la flor
a mi corazón.

¿Te vas, amor?

¡Adiós!

(¡A mi desierto corazón!)

Despedida

Me despediré
en la encrucijada
para entrar en el camino
de mi alma.

Despertando recuerdos
y horas malas

llegaré al huertecillo
de mi canción blanca
y me echaré a temblar como
la estrella de la mañana.

Ráfaga

Pasaba mi niña,
¡qué bonita iba!,
con su vestidito
de muselina
y una mariposa
prendida.
¡Síguela, muchacho,
la vereda arriba!
Y si ves que llora
o medita,
píntale el corazón
con purpurina
y dile que no llore
si queda solita.

CRUZ – SEIS CAPRICHOS / (Cante Jondo)

La cruz.
(Punto final
del camino)

Se mira en la acequia.
(Puntos suspensivos.)

De Poema del cante jondo

BALADILLA DE LOS TRES RÍOS

A Salvador Quintero

El río Guadalquivir
va entre naranjos y olivos
Los dos ríos de Granada
bajan de la nieve al trigo.

¡Ay, amor,
que se fue y no vino!

El río Guadalquivir
tiene las barbas granates.
Los dos ríos de Granada
uno llanto y otro sangre.

¡Ay, amor,
que se fue por el aire!

Para los barcos de vela,
Sevilla tiene un camino;
por el agua de Granada
sólo reman los suspiros.

¡Ay, amor,
que se fue y no vino!

Guadalquivir, alta torre
y viento en los naranjales.
Dauro y Genil, torrecillas
muertas sobre los estanques.

¡Ay, amor,
que se fue por el aire!

¡Quién dirá que el agua lleva
un fuego fatuo de gritos!

¡Ay, amor,
que se fue y no vino!

Lleva azahar, lleva olivas,
Andalucía, a tus mares.

¡Ay, amor,
que se fue por el aire!

POEMA DE LA SEGUIRIYA GITANA

A Carlos Morla Vicuña

Paisaje.

El campo
de olivos
se abre y se cierra
como un abanico.
Sobre el olivar
hay un cielo hundido
y una lluvia oscura
de luceros fríos.
Tiembla junco y penumbra
a la orilla del río.
Se riza el aire gris.
Los olivos
están cargados
de gritos.
Una bandada
de pájaros cautivos,
que mueven sus larguísimas
colas en lo sombrío.

POEMA DE LA SAETA

A Francisco Iglesias

Arqueros

Los arqueros oscuros
a Sevilla se acercan.

Guadalquivir abierto.

Anchos sombrero grises,
largas capas lentas.

¡Ay, Guadalquivir!

Vienen de los remotos
países de la pena.

Guadalquivir abierto.

Y van a un laberinto.
Amor, cristal y piedra.

¡Ay, Guadalquivir!

* * * * *

Noche

Cirio, candil,
farol y luciérnaga.

La constelación
de la saeta.

Ventanitas de oro
tiemblan,
y en la aurora se mecen
cruces superpuestas.

Cirio, candil,
farol y luciérnaga.

* * * * *

Sevilla

Sevilla es una torre
llena de arqueros finos.

Sevilla para herir.
Córdoba para morir.

Una ciudad que acecha
largos ritmos,
y los enrosca
como laberintos.
Como tallos de parra
encendidos.

¡Sevilla para herir!

Bajo el arco del cielo,
sobre su llano limpio,
dispara la constante
saeta de su río.
¡Córdoba para morir!

Y loca de horizonte
mezcla en su vino,

lo amargo de don Juan
y lo perfecto de Dionisio.

Sevilla para herir.
¡Siempre Sevilla para herir!

* * * * *

Procesión

Por la calleja vienen
extraños unicornios.
¿De qué campo,
de qué bosque mitológico?
Más cerca,
ya parecen astrónomos.
Fantásticos Merlines
y el Ecce Homo,
Durandarte encantado.
Orlando furioso.

* * * * *

Paso

Virgen con miriñaque,
virgen de la Soledad,
abierta como un inmenso
tulipán.
En tu barco de luces
vas
por la alta marea
de la ciudad,
entre saetas turbias
y estrellas de cristal.

Virgen con miriñaque
tú vas
por el río de la calle,
¡hasta el mar!

* * * * *

Saeta

Cristo moreno
pasa
de lirio de Judea
a clavel de España.

¡Miradlo, por dónde viene!

De España.
Cielo limpio y oscuro,
tierra tostada,
y cauces donde corre
muy lenta el agua.
Cristo moreno,
con las guedejas quemadas,
los pómulos salientes
y las pupilas blancas.

¡Miradlo, por dónde va!

* * * * *

Balcón

La Lola
canta saetas.
Los toreritos

la rodean,
y el barberillo
desde su puerta,
sigue los ritmos
con la cabeza.
Entre la albahaca
y la hierbabuena,
la Lola canta
saetas.
La Lola aquella,
que se miraba
tanto en la alberca.

* * * * *

Madrugada

Pero como el amor
los saeteros
están ciegos.

Sobre la noche verde,
las saetas,
dejan rastros de lirio
caliente.

La quilla de la luna
rompe nubes moradas
y las aljabas
se llenan de rocío.

¡Ay, pero como el amor
los saeteros
están ciegos!

De Canciones

TÍO VIVO

A José Bergamín

Los días de fiesta
van sobre ruedas.
El tío-vivo los trae,
y los lleva.

Corpus azul.
Blanca Nochebuena.

Los días abandonan
su piel, como las culebras,
con la sola excepción
de los días de fiesta.

Estos son los mismos
de nuestras madres viejas.
Sus tardes son largas colas
de moaré y lentejuelas.

Corpus azul.
Blanca Nochebuena.

El tío-vivo gira
colgado de una estrella.
Tulipán de las cinco
partes de la tierra.

Sobre caballitos
disfrazados de panteras

los niños se comen la luna
como si fuera una cereza.

¡Rabia, rabia, Marco Polo!
Sobre una fantástica rueda,
los niños ven lontananzas
desconocidas de la tierra.

Corpus azul.
Blanca Nochebuena.

CANCIÓN DEL JINETE 1860

En la luna negra
de los bandoleros,
cantan las espuelas.

Caballito negro.
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

...Las duras espuelas
del bandido inmóvil
que perdió las riendas.

Caballito frío.
¡Qué perfume de flor de cuchillo!

En la luna negra
sangraba el costado
de Sierra Morena.

Caballito negro.
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

La noche espolea
sus negros ijares
clavándose estrellas.

Caballito frío.
¡Qué perfume de flor de cuchillo!

En la luna negra,
¡un grito! y el cuerno
largo de la hoguera.

Caballito negro.
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

CANCIÓN DEL JINETE

Córdoba.
Lejana y sola.

Jaca negra, luna grande,
y aceitunas en mi alforja.
Aunque sepa los caminos
yo nunca llegaré a Córdoba.

Por el llano, por el viento,
jaca negra, luna roja.
La muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.

¡Ay qué camino tan largo!
¡Ay mi jaca valerosa!
¡Ay, que la muerte me espera,
antes de llegar a Córdoba!

Córdoba.
Lejana y sola.

AMOR

En el Instituto
y en la Universidad
La primera vez
no te conocí.
La segunda, sí.

Dime
si el aire te lo dice.

Mañanita fría
yo me puse triste,
y luego me entraron
ganas de reírme.
No te conocí.
Sí me conociste.
Sí te conocí.
No me conociste.
Ahora entre los dos
se alarga impasible,
un mes, como un
biombo de días grises.

La primera vez
no te conocí.
La segunda, sí.

DE OTRO MODO

La hoguera pone al campo de la tarde
unas astas de ciervo enfurecido.
Todo el valle se tiende. Por sus lomos,
caracolea el vientecillo.

El aire cristaliza bajo el humo.
Ojo de gato triste y amarillo.
Yo, en mis ojos, paseo por las ramas.
Las ramas se pasean por el río.

Llegan mis cosas esenciales.
Son estribillos de estribillos.
Entre los juncos y la baja tarde,
¡qué raro que me llame Federico!

CANCIÓN DEL NARANJO SECO

A Carmen Morales

Leñador.
Córtame la sombra.
Líbrame del suplicio
de verme sin toronjas.

¿Por qué nací entre espejos?
El día me da vueltas.
Y la noche me copia
en todas sus estrellas.

Quiero vivir sin verme.
Y hormigas y vilanos,
soñaré que son mis
hojas y mis pájaros.

Leñador.
Córtame la sombra.
Líbrame del suplicio
de verme sin toronjas.

De Primer romancero gitano

ROMANCE DE LA LUNA, LUNA

A Conchita García Lorca

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.

Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.

Cómo canta la zumaya,
¡ay, cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando.

ROMANCE SONÁMBULO

A Gloria Giner y Fernando de los Ríos

Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.
Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana,
las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.

Verde que te quiero verde.
Grandes estrellas de escarcha,
vienen con el pez de sombra
que abre el camino del alba.
La higuera frota su viento
con la lija de sus ramas,
y el monte, gato garduño,
eriza sus pitas agrias.
¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde...?
Ella sigue en su baranda,
verde carne, pelo verde,
soñando en la mar amarga.
Compadre, quiero cambiar
mi caballo por su casa,
mi montura por su espejo,
mi cuchillo por su manta.

Compadre, vengo sangrando
desde los puertos de Cabra.
Si yo pudiera, mocito,
este trato se cerraba.
Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa.
Compadre, quiero morir
decentemente en mi cama.
De acero, si puede ser,
con las sábanas de holanda.
¿ No veis la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?
Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.
Tu sangre rezuma y huele
alrededor de tu faja.
Pero yo ya no soy yo.
Ni mi casa es ya mi casa.
Dejadme subir al menos
hasta las altas barandas,
¡Dejadme subir!, dejadme
hasta las altas barandas.
Barandales de la luna
por donde retumba el agua.

Ya suben los dos compadres
hacia las altas barandas.
Dejando un rastro de sangre.
Dejando un rastro de lágrimas.
Temblaban en los tejados
farolillos de hojalata.
Mil panderos de cristal,
herían la madrugada.

Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.
Los dos compadres subieron.
El largo viento dejaba
en la boca un raro gusto
de hiel, de menta y de albahaca.
¡Compadre! ¿Dónde está, dime?
¿Dónde está tu niña amarga?
¡Cuántas veces te esperó!
¡Cuántas veces te esperara,
cara fresca, negro pelo,
en esta verde baranda!

Sobre el rostro del aljibe,
se mecía la gitana.
Verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Un carámbano de luna
la sostiene sobre el agua.
La noche se puso íntima
como una pequeña plaza.
Guardias civiles borrachos
en la puerta golpeaban.
Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar.
Y el caballo en la montaña.

SAN MIGUEL
(Granada)

A Diego Buhigas de Dalmáu

Se ven desde las barandas,
por el monte, monte, monte,
mulos y sombras de mulos
cargados de girasoles.

Sus ojos en las umbrías
se empañan de inmensa noche.
En los recodos del aire,
cruje la aurora salobre.

Un cielo de mulos blancos
cierra sus ojos de azogue
dando a la quieta penumbra
un final de corazones.
Y el agua se pone fría
para que nadie la toque.
Agua loca y descubierta
por el monte, monte, monte.

San Miguel lleno de encajes
en la alcoba de su torre,
enseña sus bellos muslos,
ceñidos por los faroles.

Arcángel domesticado
en el gesto de las doce,
finge una cólera dulce
de plumas y ruiseñores.

San Miguel canta en los vidrios;
Efebo de tres mil noches,
fragante de agua colonia
y lejano de las flores.

El mar baila por la playa,
un poema de balcones.
Las orillas de la luna
pierden juncos, ganan voces.
Vienen manolas comiendo
semillas de girasoles,
los culos grandes y ocultos
como planetas de cobre.
Vienen altos caballeros
y damas de triste porte,
morenas por la nostalgia
de un ayer de ruiseñores.
Y el obispo de Manila,
ciego de azafrán y pobre,
dice misa con dos filos
para mujeres y hombres.

San Miguel se estaba quieto
en la alcoba de su torre,
con las enaguas cuajadas
de espejitos y entredoses.

San Miguel, rey de los globos
y de los números nones,
en el primor berberisco
de gritos y miradores.

SAN RAFAEL
(Córdoba)

A Juan Izquierdo Croselles.

I
Coches cerrados llegaban
a las orillas de juncos
donde las ondas alisan
romano torso desnudo.
Coches, que el Guadalquivir
tiende en su cristal maduro,
entre láminas de flores
y resonancias de nublós.
Los niños tejen y cantan
el desengaño del mundo,
cerca de los viejos coches
perdidos en el nocturno.
Pero Córdoba no tiembla
bajo el misterio confuso,
pues si la sombra levanta
la arquitectura del humo,
un pie de mármol afirma
su casto fulgor enjuto.
Pétalos de lata débil
recaman los grises puros
de la brisa, desplegada
sobre los arcos de triunfo.
Y mientras el puente sopla
diez rumores de Neptuno,
vendedores de tabaco
huyen por el roto muro.

II

Un solo pez en el agua
que a las dos Córdoba junta:
Blanda Córdoba de juncos.
Córdoba de arquitectura.
Niños de cara impasible
en la orilla se desnudan,
aprendices de Tobías
y Merlines de cintura,
para fastidiar al pez
en irónica pregunta
si quiere flores de vino
o saltos de media luna.
Pero el pez, que dora el agua
y los mármoles enluta,
les da lección y equilibrio
de solitaria columna.
El Arcángel aljamiado
de lentejuelas oscuras,
en el mitin de las ondas
buscaba rumor y cuna.

Un solo pez en el agua.
Dos Córdoba de hermosura.
Córdoba quebrada en chorros.
Celeste Córdoba enjuta.

SAN GABRIEL
(Sevilla)

A D. Agustín Viñuales

I

Un bello niño de junco,
anchos hombros, fino talle,
piel de nocturna manzana,
boca triste y ojos grandes,
nervio de plata caliente,
ronda la desierta calle.
Sus zapatos de charol
rompen las dalias del aire,
con los dos ritmos que cantan
breves lutos celestiales.
En la ribera del mar
no hay palma que se le iguale,
ni emperador coronado,
ni lucero caminante.
Cuando la cabeza inclina
sobre su pecho de jaspe,
la noche busca llanuras
porque quiere arrodillarse.
Las guitarras suenan solas
para San Gabriel Arcángel,
domador de palomillas
y enemigo de los sauces.
San Gabriel: El niño llora
en el vientre de su madre.
No olvides que los gitanos
te regalaron el traje.

II

Anunciación de los Reyes,
bien lunada y mal vestida,
abre la puerta al lucero
que por la calle venía.
El Arcángel San Gabriel,
entre azucena y sonrisa,
biznieto de la Giralda,
se acercaba de visita.
En su chaleco bordado
grillos ocultos palpitan.
Las estrellas de la noche
se volvieron campanillas.
San Gabriel: Aquí me tienes
con tres clavos de alegría.
Tu fulgor abre jazmines
sobre mi cara encendida.
Dios te salve, Anunciación.
Morena de maravilla.
Tendrás un niño más bello
que los tallos de la brisa.
¡Ay, San Gabriel de mis ojos!
¡Gabrielillo de mi vida!,
Para sentarte yo sueño
un sillón de clavellinas.

Dios te salve, Anunciación,
bien lunada y mal vestida.
Tu niño tendrá en el pecho
un lunar y tres heridas.
¡Ay, San Gabriel que reluces!

¡Gabrielillo de mi vidal!
En el fondo de mis pechos
ya nace la leche tibia.
Dios te salve, Anunciación.
Madre de cien dinastías.
Áridos lucen tus ojos,
paisajes de caballista.

El niño canta en el seno
de Anunciación sorprendida.
Tres balas de almendra verde
tiemblan en su vocecita.

Ya San Gabriel en el aire
por una escala subía.
Las estrellas de la noche
se volvieron siemprevivas.

ROMANCE DE LA GUARDIA CIVIL ESPAÑOLA

A Juan Guerrero, cónsul general de la poesía

Los caballos negros son.
Las herraduras son negras.
Sobre las capas relucen
manchas de tinta y de cera.
Tienen, por eso no lloran,
de plomo las calaveras.
Con el alma de charol
vienen por la carretera.
Jorobados y nocturnos,
por donde animan ordenan
silencios de goma oscura
y miedos de fina arena.
Pasan, si quieren pasar,
y ocultan en la cabeza
una vaga astronomía
de pistolas inconcretas.

¡Oh ciudad de los gitanos!
En las esquinas, banderas.
La luna y la calabaza
con las guindas se conserva.
¡Oh ciudad de los gitanos!
Ciudad de dolor y almizcle,
con las torres de canela.

Cuando llegaba la noche,
noche que noche nochera,
los gitanos en sus fraguas
forjaban soles y flechas.

Un caballo malherido
llamaba a todas las puertas.
Gallos de vidrio cantaban
por Jerez de la Frontera.
El viento, vuelve desnudo
la esquina de la sorpresa,
en la noche platinoche,
noche, que noche nochera.

La Virgen y San José
perdieron sus castañuelas,
y buscan a los gitanos
para ver si las encuentran.
La Virgen viene vestida
con un traje de alcaldesa,
de papel de chocolate
con los collares de almendras.
San José mueve los brazos
bajo una capa de seda.
Detrás va Pedro Domecq
con tres sultanes de Persia.
La media luna soñaba
un éxtasis de cigüeña.
Estandartes y faroles
invaden las azoteas.
Por los espejos sollozan
bailarinas sin caderas.
Agua y sombra, sombra y agua
por Jerez de la Frontera.

¡Oh ciudad de los gitanos!
En las esquinas, banderas.
Apaga tus verdes luces
que viene la benemérita

¡Oh ciudad de los gitanos!
¿Quién te vio y no te recuerda?
Dejadla lejos del mar,
sin peines para sus crenchas.

Avanzan de dos en fondo
a la ciudad de la fiesta.
Un rumor de siemprevivas
invade las cartucheras.
Avanzan de dos en fondo.
Doble nocturno de tela.
El cielo se les antoja
una vitrina de espuelas.

La ciudad, libre de miedo,
multiplicaba sus puertas.
Cuarenta guardias civiles
entraron a saco por ellas.
Los relojes se pararon,
y el coñac de las botellas
se disfrazó de noviembre
para no infundir sospechas.
Un vuelo de gritos largos
se levantó en las veletas.
Los sables cortan las brisas
que los cascos atropellan.
Por las calles de penumbra
huyen las gitanas viejas
con los caballos dormidos
y las orzas de moneda.
Por las calles empinadas
suben las capas siniestras,
dejando detrás fugaces
remolinos de tijeras.

En el portal de Belén
los gitanos se congregan.
San José, lleno de heridas,
amortaja a una doncella.
Tercos fusiles agudos
por toda la noche suenan.
La Virgen cura a los niños
con salivilla de estrella.
Pero la guardia civil
avanza sembrando hogueras,
donde joven y desnuda
la imaginación se quema.
Rosa la de los Camborios
gime sentada en su puerta
con sus dos pechos cortados
puestos en una bandeja.
Y otras muchachas corrían
perseguidas por sus trenzas;
en un aire donde estallan
rosas de pólvora negra.
Cuando todos los tejados
eran surcos en la tierra,
el alba meció sus hombros
en largo perfil de piedra.

¡Oh ciudad de los gitanos!
La guardia civil se aleja
por un túnel de silencio
mientras las llamas te cercan.

¡Oh ciudad de los gitanos!
¿Quién te vio y no te recuerda?
Que te busquen en mi frente.
Juego de luna y arena.

De Odas

ODA A SALVADOR DALÍ

Una rosa en el alto jardín que tú deseas.
Una rueda en la pura sintaxis del acero.
Desnuda la montaña de niebla impresionista.
Los grises oteando sus balaustradas últimas.

Los pintores modernos en sus blancos estudios,
cortan la flor aséptica de la raíz cuadrada.
En las aguas del Sena un ice-berg de mármol
enfria las ventanas y disipa las yedras.

El hombre pisa fuerte las calles enlosadas.
Los cristales esquivan la magia del reflejo.
El Gobierno ha cerrado las tiendas de perfume.
La máquina eterniza sus compases binarios.

Una ausencia de bosques, biombos y entrecejos
yerra por los tejados de las casas antiguas.
El aire pulimenta su prisma sobre el mar
y el horizonte sube como un gran acueducto.

Marineros que ignoran el vino y la penumbra,
decapitan sirenas en los mares de plomo.
La Noche, negra estatua de la prudencia, tiene
el espejo redondo de la luna en su mano.

Un deseo de formas y límites nos gana.
Viene el hombre que mira con el metro amarillo.
Venus es una blanca naturaleza muerta
y los coleccionistas de mariposas huyen.

* * *

Cadaqués, en el fiel del agua y la colina,
eleva escalinatas y oculta caracolas.
Las flautas de madera pacifican el aire.
Un viejo dios silvestre da frutas a los niños.

Sus pescadores duermen, sin ensueño, en la arena.
En alta mar les sirve de brújula una rosa.
El horizonte virgen de pañuelos heridos,
junta los grandes vidrios del pez y de la luna.

Una dura corona de blancos bergantines
ciñe frentes amargas y cabellos de arena.
Las sirenas convencen, pero no sugestionan,
y salen si mostramos un vaso de agua dulce.

* * *

¡Oh, Salvador Dalí, de voz aceitunada!
No elogio tu imperfecto pincel adolescente
ni tu color que ronda la color de tu tiempo,
pero alabo tus ansias de eterno limitado.

Alma higiénica, vives sobre mármoles nuevos.
Huyes la oscura selva de formas increíbles.
Tu fantasía llega donde llegan tus manos,
y gozas el soneto del mar en tu ventana.

El mundo tiene sordas penumbras y desorden,
en los primeros términos que el humano frecuenta.
Pero ya las estrellas ocultando paisajes,
señalan el esquema perfecto de sus órbitas.

La corriente del tiempo se remansa y ordena
en las formas numéricas de un siglo y otro siglo.

Y la Muerte vencida se refugia temblando
en el círculo estrecho del minuto presente.

Al coger tu paleta, con un tiro en un ala,
pidés la luz que anima la copa del olivo.
Ancha luz de Minerva, constructora de andamios,
donde no cabe el sueño ni su flora inexacta.

Pides la luz antigua que se queda en la frente,
sin bajar a la boca ni al corazón del bosque.
Luz que temen las vides entrañables de Baco
y la fuerza sin orden que lleva el agua curva.

Haces bien en poner banderines de aviso,
en el límite oscuro que relumbra de noche.
Como pintor no quieres que te ablande la forma
el algodón cambiante de una nube imprevista.

El pez en la pecera y el pájaro en la jaula.
No quieres inventarlos en el mar o en el viento.
Estilizas o copias después de haber mirado,
con honestas pupilas sus cuerpecillos ágiles.

Amas una materia definida y exacta
donde el hongo no pueda poner su campamento.
Amas la arquitectura que construye en lo ausente
y admites la bandera como una simple broma.

Dice el compás de acero su corto verso elástico.
Desconocidas islas desmiente ya la esfera.
Dice la línea recta su vertical esfuerzo
y los sabios cristales cantan sus geometrías.

* * *

Pero también la rosa del jardín donde vives.
¡Siempre la rosa, siempre, norte y sur de nosotros!
Tranquila y concentrada como una estatua ciega,
ignorante de esfuerzos soterrados que causa.

Rosa pura que limpia de artificios y croquis
y nos abre las alas tenues de la sonrisa
(Mariposa clavada que medita su vuelo).
Rosa del equilibrio sin dolores buscados.
¡Siempre la rosa!

* * *

¡Oh, Salvador Dalí de voz aceitunada!
Digo lo que me dicen tu persona y tus cuadros.
No alabo tu imperfecto pincel adolescente,
pero canto la firme dirección de tus flechas.

Canto tu bello esfuerzo de luces catalanas,
tu amor a lo que tiene explicación posible.
Canto tu corazón astronómico y tierno,
de baraja francesa y sin ninguna herida.

Canto el ansia de estatua que persigues sin tregua,
el miedo a la emoción que te aguarda en la calle.
Canto la sirenita de la mar que te canta
montada en bicicleta de corales y conchas.

Pero ante todo canto un común pensamiento
que nos une en las horas oscuras y doradas.
No es el Arte la luz que nos ciega los ojos.
Es primero el amor, la amistad o la esgrima.

Es primero que el cuadro que paciente dibujas
el seno de Teresa, la de cutis insomne,
el apretado bucle de Matilde la ingrata,
nuestra amistad pintada como un juego de oca.

Huellas dactilográficas de sangre sobre el oro,
rayen el corazón de Cataluña eterna.
Estrellas como puños sin halcón te relumbren,
mientras que tu pintura y tu vida florecen.

No mires la clepsidra con alas membranosas,
ni la dura guadaña de las alegorías.
Viste y desnuda siempre tu pincel en el aire
frente a la mar poblada de barcos y marinos.

De Poeta en Nueva York

VUELTA DE PASEO

Vuelta de paseo.
Asesinado por el cielo,
entre las formas que van hacia la sierpe
y las formas que buscan el cristal,
dejaré crecer mis cabellos.

Con el árbol de muñones que no canta
y el niño con el blanco rostro de huevo.

Con los animalitos de cabeza rota
y el agua harapienta de los pies secos.

Con todo lo que tiene cansancio sordomudo
y mariposa ahogada en el tintero.

Tropezando con mi rostro distinto de cada día.
¡Asesinado por el cielo!

1910 (INTERMEDIO)

Aquellos ojos míos de mil novecientos diez
no vieron enterrar a los muertos,
ni la feria de ceniza del que llora por la madrugada,
ni el corazón que tiembla arrinconado como un caballito de mar

Aquellos ojos míos de mil novecientos diez
vieron la blanca pared donde orinaban las niñas,
el hocico del toro, la seta venenosa
y una luna incomprensible que iluminaba por los rincones
los pedazos de limón seco bajo el negro duro de las botellas.

Aquellos ojos míos en el cuello de la jaca,
en el seno traspasado de Santa Rosa dormida,
en los tejados del amor, con gemidos y frescas manos,
en un jardín donde los gatos se comían a las ranas.

Desván donde el polvo viejo congrega estatuas y musgos,
cajas que guardan silencio de cangrejos devorados
en el sitio donde el sueño tropezaba con su realidad.
Allí mis pequeños ojos.

No preguntarme nada. He visto que las cosas
cuando buscan su curso encuentran su vacío.
Hay un dolor de huecos por el aire sin gente
y en mis ojos criaturas vestidas ¡sin desnudo!

New York, agosto 1929

PAISAJE DE LA MULTITUD QUE ORINA
(NOCTURNO DE BATTERY PLACE)

Se quedaron solos:
aguardaban la velocidad de las últimas bicicletas.
Se quedaron solas:
esperaban la muerte de un niño en el velero japonés.
Se quedaron solos y solas,
soñando con los picos abiertos de los pájaros agonizantes,
con el agudo quitasol que pincha
al sapo recién aplastado,
bajo un silencio con mil orejas
y diminutas bocas de agua
en los desfiladeros que resisten
el ataque violento de la luna.
Lloraba el niño del velero y se quebraban los corazones
angustiados por el testigo y la vigilia de todas las cosas
y porque todavía en el suelo celeste de negras huellas
gritaban nombres oscuros, salivas y radios de níquel.
No importa que el niño calle cuando le clavan el último alfiler,
no importa la derrota de la brisa en la corola del algodón,
porque hay un mundo de la muerte con marineros definitivos
que se asomarán a los arcos y os helarán por detrás de los árboles.
Es inútil buscar el recodo
donde la noche olvida su viaje
y acechar un silencio que no tenga
trajes rotos y cáscaras y llanto,
porque tan sólo el diminuto banquete de la araña
basta para romper el equilibrio de todo el cielo.
No hay remedio para el gemido del velero japonés,
ni para estas gentes ocultas que tropiezan con las esquinas.

El campo se muerde la cola para unir las raíces en un punto
y el ovillo busca por la grama su ansia de longitud insatisfecha.
¡La luna! Los policías. ¡Las sirenas de los transatlánticos!
Fachadas de crin, de humo, anémonas; guantes de goma.
Todo está roto por la noche,
abierta de piernas sobre las terrazas.
Todo está roto por los tibios caños
de una terrible fuente silenciosa.
¡Oh gentes! ¡Oh mujercillas! ¡Oh soldados!
Será preciso viajar por los ojos de los idiotas,
campos libres donde silban las mansas cobras deslumbradas,
paisajes llenos de sepulcros que producen fresquísimas manzanas,
para que venga la luz desmedida
que temen los ricos detrás de sus lupas,
el olor de un solo cuerpo con la doble vertiente de lis y rata
y para que se quemem estas gentes que pueden orinar alrededor de un gemido
o en los cristales donde se comprenden las olas nunca repetidas.

CIUDAD SIN SUEÑO (NOCTURNO DE BROOKLYN BRIDGE)

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.

No duerme nadie.

Las criaturas de la luna huelen y rondan sus cabañas.

Vendrán las iguanas vivas a morder a los hombres que no sueñan
y el que huye con el corazón roto encontrará por las esquinas
al increíble cocodrilo quieto bajo la tierna protesta de los astros.

No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.

No duerme nadie.

Hay un muerto en el cementerio más lejano

que se queja tres años

porque tiene un paisaje seco en la rodilla;

y el niño que enterraron esta mañana lloraba tanto

que hubo necesidad de llamar a los perros para que callase.

No es sueño la vida. ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!

Nos caemos por las escaleras para comer la tierra húmeda
o subimos al filo de la nieve con el coro de las dalias muertas.

Pero no hay olvido, ni sueño:

carne viva. Los besos atan las bocas

en una maraña de venas recientes

y al que le duele su dolor le dolerá sin descanso

y al que teme la muerte la llevará sobre sus hombros.

Un día

los caballos vivirán en las tabernas

y las hormigas furiosas

atacarán los cielos amarillos que se refugian en los ojos de las vacas.

Otro día

veremos la resurrección de las mariposas disecadas
y aún andando por un paisaje de esponjas grises y barcos mudos
veremos brillar nuestro anillo y manar rosas de nuestra lengua.

¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!

A los que guardan todavía huellas de zarpa y aguacero,
a aquel muchacho que llora porque no sabe la invención del puente
o a aquel muerto que ya no tiene más que la cabeza y un zapato,
hay que llevarlos al muro donde iguanas y sierpes esperan,
donde espera la dentadura del oso,
donde espera la mano momificada del niño
y la piel del camello se eriza con un violento escalofrío azul.

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.

No duerme nadie.

Pero si alguien cierra los ojos,

¡azotadlo, hijos míos, azotadlo!

Haya un panorama de ojos abiertos

y amargas llagas encendidas.

No duerme nadie por el mundo. Nadie, nadie.

Ya lo he dicho.

No duerme nadie.

Pero si alguien tiene por la noche exceso de musgo en las sienas,

abrid los escotillones para que vea bajo la luna

las copas falsas, el veneno y la calavera de los teatros.

LA AURORA

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean en las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.
A veces las monedas en enjambres furiosos
taladran y devoran abandonados niños.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos
que no habrá paraísos ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

La luz es sepultada por cadenas y ruidos
en impúdico reto de ciencia sin raíces.
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

NUEVA YORK (OFICINA Y DENUNCIA)

A Fernando Vela

Debajo de las multiplicaciones
hay una gota de sangre de pato.
Debajo de las divisiones
hay una gota de sangre de marinero.
Debajo de las sumas, un río de sangre tierna.
Un río que viene cantando
por los dormitorios de los arrabales,
y es plata, cemento o brisa
en el alba mentida de New York.
Existen las montañas, lo sé.
Y los anteojos para la sabiduría,
Lo sé. Pero yo no he venido a ver el cielo.
Yo he venido para ver la turbia sangre,
la sangre que lleva las máquinas a las cataratas
y el espíritu a la lengua de la cobra.
Todos los días se matan en New York
cuatro millones de patos,
cinco millones de cerdos,
dos mil palomas para el gusto de los agonizantes,
un millón de vacas,
un millón de corderos
y dos millones de gallos
que dejan los cielos hechos añicos.
Más vale sollozar afilando la navaja
o asesinar a los perros
en las alucinantes cacerías
que resistir en la madrugada
los interminables trenes de leche,

los interminables trenes de sangre,
y los trenes de rosas maniatadas
por los comerciantes de perfumes.
Los patos y las palomas
y los cerdos y los corderos
ponen sus gotas de sangre
debajo de las multiplicaciones;
y los terribles alaridos de las vacas estrujadas
llenan de dolor el valle
donde el Hudson se emborracha con aceite.
Yo denuncio a toda la gente
que ignora la otra mitad,
la mitad irredimible
que levanta sus montes de cemento
donde laten los corazones
de los animalitos que se olvidan
y donde caeremos todos
en la última fiesta de los taladros.
Os escupo en la cara.
La otra mitad me escucha
devorando, orinando, volando en su pureza
como los niños en las porterías
que llevan frágiles palitos
a los huecos donde se oxidan
las antenas de los insectos.
No es el infierno, es la calle.
No es la muerte, es la tienda de frutas.
Hay un mundo de ríos quebrados
y distancias inasibles
en la patita de ese gato
quebrada por el automóvil,
y yo oigo el canto de la lombriz

en el corazón de muchas niñas.
Óxido, fermento, tierra estremecida.
Tierra tú mismo que nada
por los números de la oficina.
¿Qué voy a hacer?, ¿ordenar los paisajes?
¿Ordenar los amores que luego son fotografías,
que luego son pedazos de madera
y bocanadas de sangre?
San Ignacio de Loyola
asesinó un pequeño conejo
y todavía sus labios gimen
por las torres de las iglesias.
No, no, no, no; yo denuncio.
Yo denuncio la conjura
de estas desiertas oficinas
que no radian las agonías,
que borran los programas de la selva,
y me ofrezco a ser comido
por las vacas estrujadas
cuando sus gritos llenan el valle
donde el Hudson se emborracha con aceite.

NIÑA AHOGADA EN EL POZO (GRANADA Y NEWBURG)

Las estatuas sufren por los ojos con la oscuridad de los ataúdes,
pero sufren mucho más por el agua que no desemboca.
Que no desemboca.

El pueblo corría por las almenas rompiendo las cañas de los pescadores.
¡Pronto! ¡Los bordes! ¡Deprisa! Y croaban las estrellas tiernas.
...que no desemboca.

Tranquila en mi recuerdo, astro, círculo, meta,
lloras por las orillas de un ojo de caballo.
...que no desemboca.

Pero nadie en lo oscuro podrá darte distancias,
sin afilado límite, porvenir de diamante,
...que no desemboca.

Mientras la gente busca silencios de almohada
tú lates para siempre definida en tu anillo,
...que no desemboca.

Eterna en los finales de unas ondas que aceptan
combate de raíces y soledad prevista,
...que no desemboca.

¡Ya vienen por las rampas! ¡Levántate del agua!
¡Cada punto de luz te dará una cadena!
...que no desemboca.

Pero el pozo te alarga manecitas de musgo.
insospechada ondina de su casta ignorancia,
...que no desemboca.

No, que no desemboca. Agua fija en un punto,
respirando con todos sus violines sin cuerdas
en la escala de las heridas y los edificios deshabitados.

¡Agua que no desemboca!

GRITO HACIA ROMA (DESDE LA TORRE DEL CHRYSLER BUILDING)

Manzanas levemente heridas
por los finos espadines de plata,
nubes rasgadas por una mano de coral
que lleva en el dorso una almendra de fuego,
peces de arsénico como tiburones,
tiburones como gotas de llanto para cegar una multitud,
rosas que hieren
y agujas instaladas en los caños de la sangre,
mundos enemigos y amores cubiertos de gusanos
caerán sobre ti. Caerán sobre la gran cúpula
que untan de aceite las lenguas militares
donde un hombre se orina en una deslumbrante paloma
y escupe carbón machacado
rodeado de miles de campanillas.

Porque ya no hay quien reparta el pan ni el vino,
ni quien cultive hierbas en la boca del muerto,
ni quien abra los linos del reposo,
ni quien llore por las heridas de los elefantes.
No hay más que un millón de herreros
forjando cadenas para los niños que han de venir.
No hay más que un millón de carpinteros
que hacen ataúdes sin cruz.
No hay más que un gentío de lamentos
que se abren las ropas en espera de la bala.
El hombre que desprecia la paloma debía hablar,
debía gritar desnudo entre las columnas,
y ponerse una inyección para adquirir la lepra
y llorar un llanto tan terrible
que disolviera sus anillos y sus teléfonos de diamante.

Pero el hombre vestido de blanco
ignora el misterio de la espiga,
ignora el gemido de la parturienta,
ignora que Cristo puede dar agua todavía,
ignora que la moneda quema el beso de prodigio
y da la sangre del cordero al pico idiota del faisán.

Los maestros enseñan a los niños
una luz maravillosa que viene del monte;
pero lo que llega es una reunión de cloacas
donde gritan las oscuras ninfas del cólera.
Los maestros señalan con devoción las enormes cúpulas sahumadas;
pero debajo de las estatuas no hay amor,
no hay amor bajo los ojos de cristal definitivo.
El amor está en las carnes desgarradas por la sed,
en la choza diminuta que lucha con la inundación;
el amor está en los fosos donde luchan las sierpes del hambre,
en el triste mar que mece los cadáveres de las gaviotas
y en el oscurísimo beso punzante debajo de las almohadas.
Pero el viejo de las manos traslucidas
dirá: amor, amor, amor,
aclamado por millones de moribundos;
dirá: amor, amor, amor,
entre el tisú estremecido de ternura;
dirá: paz, paz, paz,
entre el tirite de cuchillos y melones de dinamita;
dirá: amor, amor, amor,
hasta que se le pongan de plata los labios.

Mientras tanto, mientras tanto, ¡ay!, mientras tanto,
los negros que sacan las escupideras,
los muchachos que tiemblan bajo el terror pálido de los directores,
las mujeres ahogadas en aceites minerales,

la muchedumbre de martillo, de violín o de nube,
ha de gritar aunque le estrellen los sesos en el muro,
ha de gritar frente a las cúpulas,
ha de gritar loca de fuego,
ha de gritar loca de nieve,
ha de gritar con la cabeza llena de excremento,
ha de gritar como todas las noches juntas,
ha de gritar con voz tan desgarrada
hasta que las ciudades tiemblen como niñas
y rompan las prisiones del aceite y la música,
porque queremos el pan nuestro de cada día,
flor de aliso y perenne ternura desgranada,
porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra
que da sus frutos para todos.

PEQUEÑO VALS VIENÉS

En Viena hay diez muchachas,
un hombro donde solloza la muerte
y un bosque de palomas disecadas.
Hay un fragmento de la mañana
en el museo de la escarcha.
Hay un salón con mil ventanas.
¡Ay, ay, ay, ay!
Toma este vals con la boca cerrada.

Este vals, este vals, este vals,
de sí, de muerte y de coñac
que moja su cola en el mar.

Te quiero, te quiero, te quiero,
con la butaca y el libro muerto,
por el melancólico pasillo,
en el oscuro desván del lirio,
en nuestra cama de la luna
y en la danza que sueña la tortuga.
¡Ay, ay, ay, ay!
Toma este vals de quebrada cintura.

En Viena hay cuatro espejos
donde juegan tu boca y los ecos.
Hay una muerte para piano
que pinta de azul a los muchachos.
Hay mendigos por los tejados.
Hay frescas guirnaldas de llanto.
¡Ay, ay, ay, ay!
Toma este vals que se muere en mis brazos.

Porque te quiero, te quiero, amor mío,
en el desván donde juegan los niños,
soñando viejas luces de Hungría
por los rumores de la tarde tibia,
viendo ovejas y lirios de nieve
por el silencio oscuro de tu frente.

¡Ay, ay, ay, ay!

Toma este vals del “Te quiero siempre”.

En Viena bailaré contigo
con un disfraz que tenga
cabeza de río.

¡Mira qué orilla tengo de jacintos!
Dejaré mi boca entre tus piernas,
mi alma en fotografías y azucenas,
y en las ondas oscuras de tu andar
quiero, amor mío, amor mío, dejar,
violín y sepulcro, las cintas del vals.

SON DE NEGROS EN CUBA

A Don Fernando Ortiz

Cuando llegue la luna llena
iré a Santiago de Cuba,
iré a Santiago,
en un coche de agua negra.
Iré a Santiago.
Cantarán los techos de palmera.
Iré a Santiago.
Cuando la palma quiere ser cigüeña,
iré a Santiago.
Y cuando quiere ser medusa el plátano,
Iré a Santiago
con la rubia cabeza de Fonseca.
Iré a Santiago.
Y con la rosa de Romeo y Julieta
iré a Santiago.
Mar de papel y plata de monedas
Iré a Santiago.
¡Oh Cuba! ¡Oh ritmo de semillas secas!
Iré a Santiago.
¡Oh cintura caliente y gota de madera!
Iré a Santiago.
¡Arpa de troncos vivos, caimán, flor de tabaco!
Iré a Santiago.
Siempre dije que yo iría a Santiago
en un coche de agua negra.
Iré a Santiago.
Brisa y alcohol en las ruedas,
iré a Santiago.

Mi coral en la tiniebla,
iré a Santiago.
El mar ahogado en la arena,
iré a Santiago,
calor blanco, fruta muerta,
iré a Santiago.
¡Oh bovino frescor de cañavera!
¡Oh Cuba! ¡Oh curva de suspiro y barro!
Iré a Santiago.

De Diván del Tamarit

GACELA DEL AMOR QUE NO SE DEJA VER

Solamente por oír
la campana de la Vela
te puse una corona de verbena.

Granada era una luna
ahogada entre las yedras.

Solamente por oír
la campana de la Vela
desgarré mi jardín de Cartagena.

Granada era una corza
rosa por las veletas.

Solamente por oír
la campana de la Vela
me abrasaba en tu cuerpo
sin saber de quién era.

GACELA DEL NIÑO MUERTO

Todas las tardes en Granada,
todas las tardes se muere un niño.
Todas las tardes el agua se sienta
a conversar con sus amigos.

Los muertos llevan alas de musgo.
El viento nublado y el viento limpio
son dos faisanes que vuelan por las torres
y el día es un muchacho herido.

No quedaba en el aire ni una brizna de alondra
cuando yo te encontré por las grutas del vino
No quedaba en la tierra ni una miga de nube
cuando te ahogabas por el río.

Un gigante de agua cayó sobre los montes
y el valle fue rodando con perros y con lirios.
Tu cuerpo, con la sombra violeta de mis manos,
era, muerto en la orilla, un arcángel de frío.

GACELA DE LA MUERTE OSCURA

Quiero dormir el sueño de las manzanas
alejarme del tumulto de los cementerios.
Quiero dormir el sueño de aquel niño
que quería cortarse el corazón en alta mar.

No quiero que me repitan que los muertos no pierden la sangre;
que la boca podrida sigue pidiendo agua.
No quiero enterarme de los martirios que da la hierba,
ni de la luna con boca de serpiente
que trabaja antes del amanecer.

Quiero dormir un rato,
un rato, un minuto, un siglo;
pero que todos sepan que no he muerto;
que haya un establo de oro en mis labios;
que soy un pequeño amigo del viento Oeste;
que soy la sombra inmensa de mis lágrimas.

Cúbreme por la aurora con un velo,
porque me arrojará puñados de hormigas,
y moja con agua dura mis zapatos
para que resbale la pinza de su alacrán.

Porque quiero dormir el sueño de las manzanas
para aprender un llanto que me limpie de tierra;
porque quiero vivir con aquel niño oscuro
que quería cortarse el corazón en alta mar.

CASIDA DEL HERIDO POR EL AGUA

Quiero bajar al pozo,
quiero subir los muros de Granada,
para mirar el corazón pasado
por el punzón oscuro de las aguas.

El niño herido gemía
con una corona de escarcha.
Estanques, aljibes y fuentes
levantaban al aire sus espadas.
¡Ay, qué furia de amor, qué hiriente filo,
qué nocturno rumor, qué muerte blanca!
¡Qué desiertos de luz iban hundiendo
los arenales de la madrugada!
El niño estaba solo
con la ciudad dormida en la garganta.
Un surtidor que viene de los sueños
lo defiende del hambre de las algas.
El niño y su agonía, frente a frente,
eran dos verdes lluvias enlazadas.
El niño se tendía por la tierra
y su agonía se curvaba.

Quiero bajar al pozo,
quiero morir mi muerte a bocanadas,
quiero llenar mi corazón de musgo,
para ver al herido por el agua.

CASIDA DE LA MUJER TENDIDA

Verte desnuda es recordar la tierra.
La tierra lisa, limpia de caballos.
La tierra sin un junco, forma pura
cerrada al porvenir: confin de plata.

Verte desnuda es comprender el ansia
de la lluvia que busca débil talle,
o la fiebre del mar de inmenso rostro
sin encontrar la luz de su mejilla.

La sangre sonará por las alcobas
y vendrá con espada fulgurante,
pero tú no sabrás dónde se ocultan
el corazón de sapo o la violeta.

Tu vientre es una lucha de raíces,
tus labios son un alba sin contorno,
bajo las rosas tibias de la cama
los muertos gimen esperando turno.

CASIDA DE LAS PALOMAS OSCURAS

Por las ramas del laurel
van dos palomas oscuras.
La una era el sol,
la otra la luna.
“Vecinitas”, les dije,
“¿dónde está mi sepultura?”
“En mi cola”, dijo el sol.
“En mi garganta”, dijo la luna.
Y yo que estaba caminando
con la tierra por la cintura
vi dos águilas de nieve
y una muchacha desnuda.
La una era la otra
y la muchacha era ninguna.
“Aguilitas”, les dije,
“¿dónde está mi sepultura?”
“En mi cola”, dijo el sol.
“En mi garganta”, dijo la luna.
Por las ramas del laurel
vi dos palomas desnudas.
La una era la otra
y las dos eran ninguna.

De Llanto por Ignacio Sánchez Mejías

LLANTO POR IGNACIO SÁNCHEZ MEJÍAS

I

LA COGIDA Y LA MUERTE

A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde.
Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde.
Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.
Y un muslo con un asta desolada
a las cinco de la tarde.
Comenzaron los sonos del bordón
a las cinco de la tarde.
Las campanas de arsénico y el humo
a las cinco de la tarde.
En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.
¡Y el toro, solo corazón arriba!
a las cinco de la tarde.
Cuando el sudor de nieve fue llegando
a las cinco de la tarde,

cuando la plaza se cubrió de yodo
a las cinco de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
A las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama
a las cinco de la tarde.
Huesos y flautas suenan en su oído
a las cinco de la tarde.
El toro ya mugía por su frente
a las cinco de la tarde.
El cuarto se irisaba de agonía
a las cinco de la tarde.
A lo lejos ya viene la gangrena
a las cinco de la tarde.
Trompa de lirio por las verdes ingles
a las cinco de la tarde.
Las heridas quemaban como soles
a las cinco de la tarde,
y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

II

LA SANGRE DERRAMADA.

¡Que no quiero verla!
Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.
¡Que no quiero verla!

La luna de par en par,
caballo de nubes quietas,
y la plaza gris del sueño
con sauces en las barreras

¡Que no quiero verla!
Que mi recuerdo se quema.
¡Avisad a los jazmines
con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!

La vaca del viejo mundo
pasaba su triste lengua
sobre un hocico de sangres
derramadas en la arena,
y los toros de Guisando,
casi muerte y casi piedra,
mugieron como dos siglos
hartos de pisar la tierra.
No.

¡Que no quiero verla!
Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a costas.
Buscaba el amanecer,

y el amanecer no era.
Busca su perfil seguro,
y el sueño lo desorienta.
Buscaba su hermoso cuerpo
y encontró su sangre abierta.
¡No me digáis que la vea!
No quiero sentir el chorro
cada vez con menos fuerza;
ese chorro que ilumina
los tendidos y se vuelca
sobre la pana y el cuero
de muchedumbre sedienta.
¡Quién me grita que me asome!
¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos
cuando vio los cuernos cerca,
pero las madres terribles
levantaron la cabeza.
Y a través de las ganaderías,
hubo un aire de voces secretas
que gritaban a toros celestes,
mayorales de pálida niebla.
No hubo príncipe en Sevilla
que comparársele pueda,
ni espada como su espada,
ni corazón tan de veras.
Como un río de leones
su maravillosa fuerza,
y como un torso de mármol
su dibujada prudencia.
Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo
de sal y de inteligencia.

¡Qué gran torero en la plaza!
¡Qué gran serrano en la sierra!
¡Qué blando con las espigas!
¡Qué duro con las espuelas!
¡Qué tierno con el rocío!
¡Qué deslumbrante en la feria!
¡Qué tremendo con las últimas
banderillas de tiniebla!

Pero ya duerme sin fin.
Ya los musgos y la hierba
abren con dedos seguros
la flor de su calavera.
Y su sangre ya viene cantando:
cantando por marismas y praderas,
resbalando por cuernos ateridos
vacilando sin alma por la niebla,
tropezando con miles de pezuñas
como una larga, oscura, triste lengua,
para formar un charco de agonía
junto al Guadalquivir de las estrellas.
¡Oh blanco muro de España!
¡Oh negro toro de pena!
¡Oh sangre dura de Ignacio!
¡Oh ruiseñor de sus venas!
No.
¡Que no quiero verla!
Que no hay cáliz que la contenga,
que no hay golondrinas que se la beban,
no hay escarcha de luz que la enfríe,
no hay canto ni diluvio de azucenas,
no hay cristal que la cubra de plata.
No.
¡Yo no quiero verla!

III

CUERPO PRESENTE.

La piedra es una frente donde los sueños gimen
sin tener agua curva ni cipreses helados.

La piedra es una espalda para llevar al tiempo
con árboles de lágrimas y cintas y planetas.

Yo he visto lluvias grises correr hacia las olas
levantando sus tiernos brazos acribillados,
para no ser cazadas por la piedra tendida
que desata sus miembros sin empapar la sangre.

Porque la piedra coge simientes y nublados,
esqueletos de alondras y lobos de penumbra;
pero no da sonidos, ni cristales, ni fuego,
sino plazas y plazas y otras plazas sin muros.

Ya está sobre la piedra Ignacio el bien nacido.
Ya se acabó; ¿qué pasa? Contemplad su figura:
la muerte le ha cubierto de pálidos azufres
y le ha puesto cabeza de oscuro minotauro.

Ya se acabó. La lluvia penetra por su boca.
El aire como loco deja su pecho hundido,
y el Amor, empapado con lágrimas de nieve
se calienta en la cumbre de las ganaderías.

¿Qué dicen? Un silencio con hedores reposa.
Estamos con un cuerpo presente que se esfuma,
con una forma clara que tuvo ruiseñores
y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.

¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que dice!
Aquí no canta nadie, ni llora en el rincón,
ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente:
aquí no quiero más que los ojos redondos
para ver ese cuerpo sin posible descanso.
Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura.
Los que doman caballos y dominan los ríos;
los hombres que les suena el esqueleto y cantan
con una boca llena de sol y pedernales.

Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra.
Delante de este cuerpo con las riendas quebradas.
Yo quiero que me enseñen dónde está la salida
para este capitán atado por la muerte.

Yo quiero que me enseñen un llanto como un río
que tenga dulces nieblas y profundas orillas,
para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda
sin escuchar el doble resuello de los toros.

Que se pierda en la plaza redonda de la luna
que finge cuando niña doliente res inmóvil;
que se pierda en la noche sin canto de los peces
y en la maleza blanca del humo congelado.

No quiero que le tapen la cara con pañuelos
para que se acostumbre con la muerte que lleva.
Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido.
Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!

IV

ALMA AUSENTE

No te conoce el toro ni la higuera,
ni caballos ni hormigas de tu casa.
No te conoce el niño ni la tarde
porque te has muerto para siempre.
No te conoce el lomo de la piedra,
ni el raso negro donde te destrozas.
No te conoce tu recuerdo mudo
porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas,
uva de niebla y monjes agrupados,
pero nadie querrá mirar tus ojos
porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,
como todos los muertos de la Tierra,
como todos los muertos que se olvidan
en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.
La madurez insigne de tu conocimiento.
Tu apetencia de muerte y el gusto de tu boca.
La tristeza que tuvo tu valiente alegría.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.

De Sonetos del amor oscuro

EL POETA DICE LA VERDAD

El poeta dice la verdad
Quiero llorar mi pena y te lo digo
para que tú me quieras y me llores
en un anochecer de ruiseñores
con un puñal, con besos y contigo.

Quiero matar al único testigo
para el asesinato de mis flores
y convertir mi llanto y mis sudores
en eterno montón de duro trigo.

Que no se acabe nunca la madeja
del te quiero me quieres, siempre ardida
con decrepito sol y luna vieja.

Que lo que no me des y no te pida
será para la muerte, que no deja
ni sombra por la carne estremecida.

EL AMOR DUERME EN EL PECHO DEL POETA

Tú nunca entenderás lo que te quiero
porque duermes en mí y estás dormido.
Yo te oculto llorando, perseguido
por una voz de penetrante acero.

Norma que agita igual carne y lucero
traspasa ya mi pecho dolorido
y las turbias palabras han mordido
las alas de tu espíritu severo.

Grupo de gente salta en los jardines
esperando tu cuerpo y mi agonía
en caballos de luz y verdes crines.

Pero sigue durmiendo, vida mía.
Oye mi sangre rota en los violines.
¡Mira que nos acechan todavía!

ÍNDICE

El mundo de Federico	7
Los paisajes del poeta	9

ANTOLOGÍA

De Primeros poemas

Yo estaba triste frente a los sembrados	33
Parques en otoño. Romanza con palabras	37
En verano la vega amarilla del trigo	39
Sobre un libro de versos	42

De Libro de poemas

Los encuentros de un caracol aventurero	47
Elegía a Doña Juana la Loca	54
Balada triste	57
Balada interior	59
El macho cabrío	61

De Suites

Suite de los espejos	67
El jardín de las morenas	73
El regreso	76
Cruz – Seis caprichos	79

De Poema del cante jondo

Baladilla de los tres ríos	83
Poema de la seguriya gitana	85
Poema de la saeta	86

De Canciones

Tío vivo	93
Canción del jinete 1860	95
Canción del jinete	97
Amor	98
De otro modo	99
Canción del naranjo seco	100

De <i>Primer romancero gitano</i>	
Romance de la luna, luna	103
Romance sonámbulo	105
San Miguel (Granada)	108
San Rafael (Córdoba)	110
San Gabriel (Sevilla)	112
Romance de la Guardia Civil Española	115
De <i>Odas</i>	
Oda a Salvador Dalí	121
De <i>Poeta en Nueva York</i>	
Vuelta de paseo	129
1910 (Intermedio)	130
Paisaje de la multitud que orina (Nocturno de Battery Place)	131
Ciudad sin sueño (Nocturno de Brooklyn Bridge)	133
La aurora	135
Nueva York (Oficina y denuncia)	136
Niña ahogada en el pozo (Granada y Newburg)	139
Grito hacia Roma (Desde la torre del Chrysler Building)	141
Pequeño vals vienés	144
Son de negros en Cuba	146
De <i>Diván del Tamarit</i>	
Gacela del amor que no se deja ver	151
Gacela del niño muerto	152
Gacela de la muerte oscura	153
Casida del herido por el agua	154
Casida de la mujer tendida	155
Casida de las palomas oscuras	156
De <i>Llanto por Ignacio Sánchez Mejías</i>	
Llanto por Ignacio Sánchez Mejías	159
De <i>Sonetos del amor oscuro</i>	
El poeta dice la verdad	169
El amor duerme en el pecho del poeta	170

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 2018,
año en el que Federico García Lorca
hubiese cumplido 120



Agencia Andaluza de Instituciones Culturales
CONSEJERÍA DE CULTURA